

Hasta las  
*últimas*  
consecuencias

---

Mauricio Padilla

---



PROGRAMA  
EDITORIAL  
CHIHUAHUA

2023



# Hasta las *últimas* consecuencias

Mauricio Padilla



Colección  
Soltar las Amarras



**Marco Antonio Bonilla Mendoza**  
Presidente Municipal de Chihuahua

**María Fernanda Bencomo Arvizo**  
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

---

Vocales Editorialistas


**Gustavo Macedo Pérez**  
**Victoria María Montemayor Galicia**  
**Luis Fernando Rangel**  
**Alfonso Omar Granillo**  
**Claudia Kareli Reyes Castruita**

---

**Heber Mauricio Rivera Anguiano**  
Fomento a la lectura

**José Santillanes**  
Programa Editorial

---

 **@somoscreatura**  
Diseño y maquetación

---

**Ilustración de portada:**  
Octavio Sebastián Gallegos Cuevas

---

Avenida Juárez y calle Sexta,  
#601, C.P. 31000, colonia centro.  
ISBN 978-607-59944-1-3

*e*

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2023



**E**n la visión que hemos impulsado desde el Gobierno Municipal para hacer de Chihuahua Capital una ciudad más competitiva, la cultura es parte indispensable, al ser pilar fundamental de la sociedad.

A través del Programa Editorial de Chihuahua fortalecemos a las y los artistas locales. Nuestro compromiso es apoyar las expresiones artísticas del talento chihuahuense.

Ustedes son la razón por la cual la literatura chihuahuense florece y se expande. Es gracias también a su trabajo que motivamos a la comunidad a disfrutar de la lectura.

Soy un convencido de que la cultura literaria debe conservarse como un elemento básico en el pensamiento comunitario. La lectura empodera, nos abre las puertas hacia la reflexión, el conocimiento y la transformación de realidades. Un libro tiene el poder de abrir la mente, de explorar mundos imaginarios, de conectar con emociones profundas y ampliar perspectivas.

Las creaciones literarias que integran la edición del PECH 2023 ahora serán parte del acervo cultural de nuestro municipio. Sus letras trascenderán más allá de una manifestación artística escrita, ahora son huella de su espíritu y simbolizan su tránsito cultural en esta comunidad chihuahuense.

Así pues, con mucha emoción, presentamos la nueva entrega de este programa editorial, que se ha consolidado como un semillero y una plataforma para los guardianes de las letras. Que estos libros sean la inspiración para aquellos que sueñan con contar sus propias historias y dejar una huella en el mundo literario.

¡Enhorabuena!

---

**Marco Antonio Bonilla Mendoza**  
Presidente Municipal de Chihuahua



**E**n este año 2023, el Programa Editorial Chihuahua continúa posicionándose como una plataforma indispensable para todas y todos los autores de nuestro municipio. Las letras, vehículo innegable del pensamiento humano, nos ayudan a fomentar no solo el pensamiento crítico, sino que nos ayudan a expresarnos, formar comunidad, y entendernos como seres humanos.

Este año se publicaron 10 títulos de autoras y autores, tanto con trayectoria, como nuevas plumas, quienes indudablemente llevarán la literatura chihuahuense a nuevos puertos. Su poesía, su narrativa, su teatro, sus expresiones artísticas, fungirán como un faro para todas aquellas personas interesadas en encontrar su lugar, ya sea como lectoras o lectores, o bien como artistas de la palabra.

El Programa Editorial Chihuahua sigue siendo casa de grandes artistas, y seguirá siéndolo. Las puertas del PECH se abren nuevamente para recibir las ideas, las expresiones, y la reflexión que transforman al municipio de Chihuahua en un oasis de arte y cultura.

Me es muy grato presentar a ti lectora, a ti lector, este libro, y esta colección PECH 2023. Una colección que continúa manando de mentes creativas imparables que siguen deleitándonos con sus letras. Este libro es una prueba fehaciente de ello.

¡Enhorabuena!

---

**María Fernanda Bencomo Arvizo**

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua





*Enrique Servín in memoriam*



*Este libro es el monumento de una crisis.*

Friedrich Nietzsche,  
*Ecce Homo*, “Humano, demasiado humano”



*Hasta las  
últimas  
consecuencias*

Mauricio Padilla



# Prefacio

Este es un libro que —al igual que muchos otros que rondan por ahí— quizá nunca debió ver la luz. Hijo del azar, la contingencia y el alcohol, su única razón de ser refiere a un accidente producido una noche de enero de 2019, en el que se vieron involucrados una laptop, una botella de vino y la ausencia de un sacacorchos. De igual forma, su único propósito es el mismo expresado por Heródoto en sus *Historias*, contarse para no caer en el olvido. Nada más.

Si no hubiera sido por la idea de que todos esos textos escritos a lo largo de siete años desaparecieran irremediablemente sin dejar rastro alguno, nada me hubiera movido a tomarlos en serio al grado de agruparlos en una compilación más o menos coherente. Agradecido con la doctrina de la resurrección y de la vida eterna, y habiendo (milagrosamente) recuperado lo imposible, pensé que ese conglomerado de palabras vomitadas sin ninguna intención merecía un espacio propio en el cual pudiera sentirse en casa. No sin la violencia que conlleva revisar, reescri-

bir, borrar, omitir, recortar, cambiar y modificar textos escritos a lo largo de varios años.

Por ello, corresponde al lector juzgar si dicho accidente constituye un acto de gracia divina o, más bien, una coincidencia insignificante sin repercusión alguna. En ambos casos, el azar y la casualidad son responsables, no yo.

¿Hay algo más común que la amistad y la muerte? Estos relatos van dedicados a la memoria de mi amigo y profesor, Enrique Servín Herrera, maestro, poeta, escritor, lingüista, políglota y activista.

Recuerdo con suma nostalgia asistir cada viernes por la tarde al taller de creación literaria. Esa figura completamente ajena a las escuelas privadas, que recitaba poesía de memoria en otras lenguas —siempre con las piernas cruzadas y marcando el ritmo con el índice— nos incitaba a compartir nuestros textos, ofreciéndonos sus comentarios y correcciones, al mismo tiempo que engullía unas salchipapas que se pasaba con una coca cola de lata. Sabiéndolo o no, me transmitió el entrañable vínculo que existe entre vida y literatura, entre vivir y escribir.

Por eso siempre estaré agradecido con él y lamentaré no haberlo saludado, por pena, la última vez que lo llegué a ver con vida, al salir del baño de La Antigua Paz. Como esa frase punzante que recurre una y otra vez la obra y el universo de Roberto Bolaño: *Nunca más se volvieron a ver.*







*Bórrale, Baudelaire*

Al leer esto me encuentro sentado de perfil. Es un viernes como cualquier otro. Serán las 3:43 o las 4:19 o las 7:46, poco importa. El cañón, que cuelga inmóvil del techo como el caparazón de una tortuga, proyecta mi texto sobre la pared. ¿Ya pasó alguien antes que yo? Bueno, ya inserté la USB, de eso puedo estar seguro. Ustedes me vieron hacerlo. Probablemente se haya discutido alguna cuestión previa también.

La gente mira las palabras blancas y negras (¿por qué siempre blancas y negras?) arrojadas sobre la pantalla, oyen mi voz y tratan de prestar atención a lo que aparece escrito frente a sus ojos. Por ahora vamos bien. Las cuatro letras (\_\_\_\_) que deletrean el enigmático nombre francés han sido omitidas. Es muy fácil jugar así, sin tomar riesgos. Como cuando tienes ese sueño recurrente por las noches. No aquel donde una bandada de pájaros revolotea sobre tu cabeza e intentas cubrirte plegando los brazos; tampoco el otro en el que, por accidente, atropellas a alguien, y mucho menos el sueño inverso en donde tú eres el arrollado. Es uno mucho más tortuoso, que hace que la máscara resbale un poco más, que el rostro y la piel se asomen.

Eres traicionado por una máquina, esta misma que usas. Sueñas que escribes, que duermes, y cuando llega el siguiente viernes, algo sale mal. ¿Cómo? No lo sabes. Pero lo que pensaste no escribir, lo que decidiste omitir, está ahí. Desnudo y sin vergüenza. La gente se asombra de que algo tan íntimo y personal, incluso tratándose de ti, sea exhibido de esa manera. Y lo peor: ellos piensan que tu intención fue deliberada. Tu semblante no ayuda en lo absoluto a remediar la situación. El que sueña te obliga a gestar orgullosamente para confundir a la gente, pero tu reacción externa sólo delata angustia. Cuando

ni ellos ni tú saben qué hacer, el sueño se corta. Pero ahí estuvieron las cuatro letras del Tetragrámaton; no las habrás visto, pero las sentiste escritas sobre la frente de todos.

Al menos por ahora puedo comprobar que el sueño es eso nada más, que son otras palabras las que surgen a la vista. Las caras se muestran pasivas –siempre un buen indicador–, las piernas cruzadas, los brazos detrás de la cabeza, la espalda encorvada, los ojos entrecerrados. Es exactamente como dijo Wilde: la vida imitando al arte, única convicción que merece ser gritada de puerta en puerta para que todo el mundo la escuche. Pero, de ser así, ¿qué hay de esos otros? ¿Implicaría que Mauricio Montero murió aquella noche bajo condiciones misteriosas; que M. Navarre pasó a la historia como el personaje que tanto anheló ser; que aquel escriba antiguo vislumbró en sueños música que vendría dos mil años después; que J desapareció sin advertirle a nadie y no ha vuelto desde entonces (esto *sí* es verídico); que Lázaro encontró el libro que dejé bajo el sofá; que J'and rescató a Jesús, devolviéndolo sano y salvo tres días después; que fui engañado cuando me llevaron a cenar con ella sin saberlo (esto *pudo* ser verídico); que Manuel Ledesma murió en un accidente automovilístico y sus cenizas fueron mandadas a su querido Buenos Aires; y, sobre todo, que ustedes estén aquí (ahí)?

Desde luego, esto no es lo verdaderamente relevante. De ser ciertas todas estas trivialidades, entonces Cortés habría sido una crónica antes de ser un conquistador; Nietzsche, una fotografía; Lincoln, una estatua; Mozart, una sinfonía; Schrödinger, un laberinto; Freud, una película; Hitler, una pintura; Siddhartha, una canción; Calígula, una obra de teatro.

Desde ahora presiento cómo será, pero sólo hasta leer esto podré saberlo con certeza. Imagino la siguiente fase: alguien abriendo esta página en una antología y representándose la escena. Y quizás algún otro logre encontrar la manera de plasmar esto en un formato que la gente recuerde y comprenda mejor. Una adaptación cinematográfica, una ontología fundamental, una nueva fórmula de creación.

Ya que los que están a la derecha han pensado que esto no fue realmente un cuento, y ya que los de la izquierda comienzan a aceptarlo sin mucha convicción –los de en medio, por razones tanto topográficas como ideológicas, demoran en su decisión– no queda más por decir. Cedo mi lugar –ojalá que alguien se encuentre cerca del pódium– al que viene a escribir y configurar la realidad. Veámoslo como un rito –con cantos y flores, si se quiere– donde escribimos para crear la realidad sabiendo que en el arte hay una entrega continua de vida, y estar tan seguros de esto, como sabemos que mañana va a salir el sol.

## *El Fétetro*

- ¡Feliz cumpleaños, señor Montero!
- ¿A quién le dices señor, we?
- ¿Pues a quién más? Ya dieciocho, ¿no?
- Simón, voy a dar una vuelta por ay.
- Órale, oye, ¿no traerás ahí un chicho que me regales?
- Nel, te fallo.
- ¿Y encendedor?
- ¿Pa qué quieres encendedor si te dije que no traigo cigarros?
- Ah, pos sí, ¿verdad? jajajaja.

No quería parecer demasiado conspicuo, como forzando el destino, como queriendo producir una casualidad inexistente, así que dejé que pasara en su vestido blanco. El ruido de la fiesta de San Valentín abandonaba gradualmente mis oídos conforme me alejaba del pasillo. Salí y me apresuré a llegar a la caseta. Fingí demencia un rato pretendiendo buscar un carro estacionado.

Ella volvió a pasar con Beto. ¿Por qué él? ¿Por qué de todos los sujetos posibles tenía que ser ese meco? Era algo que, por más que le diera vueltas en mi cabeza, no lograba comprender. Curioso cómo funcionan las cosas. Hace seis meses yo era el nuevo desconocido que se le pegaba, y ahora, exactamente de la misma manera, lo era él. Como si cada cierto tiempo surgiera un nuevo interesado, el cual —como todos los otros antes que él— debía quedar perplejo frente al mismo enigma: ¿Por qué parece que soy el único que la pretende? ¿Por qué no están todos como moscas revoloteando sobre ella?



Alguien que se desplazaba con esa cadencia hipnótica de caderas, por no hablar de otros lugares comunes como la belleza de su rostro o su actitud amena, tenía que ser la chica más procurada y popular de la escuela. Pero la situación era otra. Ella permanecía incógnita, la parte más profunda del iceberg, bajo perfil.

En ese momento uno llegaba a experimentar una leve inquietud. Como si se tratara de pata de mono, como si todo fuera demasiado bueno para creerlo... Pero no. En realidad, no era así. Justo en ese parpadeo reflexivo yacía el error con el que muchos tropezaban: creer que la cosa era demasiado buena para ser cierta, no confiar en el testimonio de los sentidos y seguir el instinto ciego del estómago, pensar que tenía que haber algo más, alguna traba oculta, alguna imposibilidad trascendente. Claro, uno pasaba meses girando en torno al supuesto error antes de darse cuenta (demasiado tarde, evidentemente) de que no había tal cosa. El miedo al error era, en realidad, miedo a la verdad.

Beto se ofreció a cargar su mochila al mismo tiempo que desaparecieron entre la multitud de carros. Quizá el próximo semestre, y si no, el último que me queda. Igual tenemos una eternidad por delante.

Me vi entrando de nuevo en aquella cantina ruidosa y poblada de humo, iluminada por focos defectuosos que despedían luces tenues. Ahí me encontraba cara a cara con el Destino, ese tahúr habilidoso que baraja las cartas, ríe como bárbaro y pasa la noche entera despierto, sin mostrar señal alguna de cansancio. En otro momento, quizá lo hubiera vencido con la mano que me había tocado, pero titubeé. Pocos hombres son

conscientes de la buena suerte que tienen, y entre ellos, son menos aun los que la aprovechan. La mayoría resultan cobardes, y prefieren, cautelosos, respetar su reputación de “verdugo sin piedad”. Pero no hay que equivocarse. Su conducta (la del Destino) no es de ningún modo rígida ni implacable. Sus tendencias bohemias –fumar, beber, desvelarse, amar, cantar– hacen que lleve una vida demasiado descuidada como para estar al tanto de nuestras preocupaciones. Por lo mismo, es propenso a bajar la guardia durante partidas de póker, tan distraído es que resulta imposible determinar si pretende retirarse de la partida o si tiene un as bajo la manga. Esta ambigüedad, naturalmente, siempre termina jugando a su favor.

No, el Destino no era el culpable. Ni siquiera a Él se le hubiera ocurrido mezclar semejante mediocridad con la perfección absoluta, y tampoco es como que dispusiera de esta información específica para joderme. A pesar de la validez de estos razonamientos, no proporcionaron consuelo alguno para mi ánimo.

Me dediqué a buscar el lugar donde había estacionado mi carro. Decidí recargarme sobre una de las puertas durante un rato, esperando a que, a lo mejor, ella regresara por ahí. Resignado, rodeé el vehículo para abrir la puerta. Ya estaba a punto de entrar al auto cuando, girando hacia atrás, alcancé a distinguir dos cabezas que pasaban por encima de los otros carros. Di la vuelta, dirigiéndome hacia en medio de la calle, levantando la mirada con la esperanza de discernir algún rostro familiar. Escuché una camioneta cruzar desenfrenadamente, y después, sólo alcancé a ver una luz enorme, amarilla y circular, expandiéndose hacia el cielo.

El susto me distrajo de todo el asunto, por lo que preferí dejarlo en paz y abandonar el lugar. Pensé que, si algo así de banal podía hacer que no prestara tanta atención a las contradicciones irreconciliables de la vida, entonces seguro también lo haría la fiesta a la que me había invitado Daniela.

Hice como una hora de trayecto, pero igual llegué justo a tiempo. El reloj marcó las diez de la noche cuando doblaba la esquina hacia la calle que daba con el fraccionamiento. Al ingresar, el terreno baldío se expandía indefinidamente. “Más vale que aquí no sea la reunión, porque no estoy para ensuciarme”, pensé con cierta vanidad. Llevaba una corbata morada con rayas azul marino, pantalón de vestir, saco negro, camisa blanca y zapatos boleados especialmente para la ocasión.

Daniela era una de las encargadas de la lista de invitados. Ella me había comentado que este tipo de fiestas de San Valentín se festejaban todos los años y que, por lo general, pretendían ofrecer algo distinto a otros eventos. La gente que había asistido en ocasiones pasadas describía el suceso en términos de una experiencia inolvidable, difícil de expresar. Pero al mismo tiempo, cuando eran increpados, les resultaba imposible decir algo concreto sobre el contenido de la ceremonia. En este punto enmudecían y se quedaban sin palabras, como si alguien les hubiera sellado la boca y los labios con un hilo. Aparte de Daniela, nadie más de mis conocidos estaba contemplado para asistir a la fiesta. Pensé que, quizá, así conocería a alguien interesante. Ingresé al estacionamiento con cierta desconfianza al no ver a nadie más alrededor. El lugar estaba completamente vacío a esas horas. Descendí del automóvil, vacilando si debía apartarme de él o no. En eso apareció una mujer de compleción pequeña con lentes y cabello oscuro.

—¿Ernesto?

—En carne y hueso.

—Soy Valeria. Cúbrete los ojos con esto y sígueme. Los demás te están esperando.

Coloqué el pañuelo sobre las sienes y lo apreté con fuerza hasta que mi vista quedó cegada por completo. Valeria me tomó de la mano y la seguí. Caminamos y recorrimos la explanada con tranquilidad, sin que se sintiera la presencia de ningún otro automóvil cerca. Mi brazo rozó con el de alguien más, y, por instinto o por cortesía, me disculpé. Una voz desconocida me mandó guardar silencio.

—Quédate aquí.

Y se fue.

Otra mano me sujetó rápidamente y seguimos el trayecto, ahora en dirección diagonal. El recorrido fue casi igual de largo, antes de ser relevado por otra mano extraña. No pude evitar percatarme de que todas se sentían igual de frágiles y frías. Cada vez el cambio se producía más de prisa, al punto de que el tacto resultaba indistinguible.

La última de ellas me ayudó a bajar unos escalones, sin que me advirtiera de su existencia con antelación. Luego colocó una cuerda entre mis manos y me empujó con fuerza. Mis manos fueron deslizándose, tirando de ella para avanzar. A lo lejos se oían unas voces indistintas muy suaves mezcladas con alaridos histéricos.

¿Qué hiciste?

No mames, ¿cómo no te fijaste?

¡Pues, cómo no, si ibas a madre!

Un sentimiento de rencor y de soledad colmaba el aire.

Sin embargo, lo único que mi vista alcanzaba a intuir eran las esquinas de una habitación iluminada con cierta luz inextinguible, serena entre el torrente de gritos.

¡Alguien llame a una ambulancia!

¿Vas a dejar que muera así o qué?

Proseguí, sin mucha alternativa, la ruta que la cuerda dictaba. Recorrí una pista de obstáculos evitando con cautela tubos, bloques de cemento y ciertos hoyos en la tierra que logré esquivar con éxito. Al llegar a la supuesta meta hicieron que me sentara un rato mientras escuchaba murmullos de otras personas que compartían mi confusión. Sentí sus cuerpos apoyados sobre el respaldo respirándome casi en el rostro.

Cuando al parecer llegaron los demás, emprendimos el trayecto de regreso por el mismo camino. Ahora reconocí la mano de Valeria de inmediato. Sólo que, a diferencia de la primera vez, ahora me guiaba paso por paso, hablándome cariñosamente.

Qué cosas, pasando mi cumpleaños como Borges cruzando la penumbra. La mano de Valeria se sentía ligera, casi inmaterial al sostenerla. Yo caminaba feliz con una sonrisa en mi rostro, apoyando mi brazo suavemente en su busto. Con una mano en el bolsillo, dejé que Valeria me tomara por la cadera y me llevara hacia el interior de una habitación. Me senté con cuidado en una banca y me dejó ahí, con la venda puesta aún sobre los ojos. De pronto, me sobrevino ese olor a tierra y polvo tan característico de los panteones.

Permanecí sentado un rato más, escuchando cantos de personas al otro lado del salón, mezclados con el sonido relajante de unos arpegios. Una señora con tono afrancesado comenzó a dar un discurso, profiriendo ciertas palabras como “otrougs”

y “hergmanos”. Su disertación me arrulló y me quedé dormido con la cara recostada sobre el hombro. Cuando desperté —o cuando creí haber despertado— el vendaje estaba flojo, a la altura de la nuca. No supe si la gente seguía ahí. Era como si hubieran enmudecido por completo. Retiré el trapo con mi diestra y divisé un salón completamente solo, alzado apenas por unas cuantas velas en los rincones. Había un féretro negro con la tapa desplegada en lo que parecía ser un altar. Miré a mi alrededor y el lugar estaba igual de vacío que como lo había encontrado al principio. Miré mi reloj, y por alguna razón, las manecillas todavía daban las diez. Sin encontrar a nadie más presente y sin saber qué hacer, me dirigí hacia la caja. La contemplé por fuera. Era de un tono y de un diseño bastante elegante, al igual que el discreto arreglo floral que lo rodeaba. Un viento escurridizo entró por la puerta de la capilla, y al voltear, vibró una luz blanca resplandeciente en el umbral. Cuando recobré la vista tuve el coraje de mirar el rostro que yacía dentro. Recliné los codos sobre el cristal que nos separaba a los dos (¿a los dos?) y lo miré de frente. No había ningún rostro; sólo la corbata morada con rayas azul marino, la camisa blanca, el pantalón de vestir y los zapatos boleados especialmente para la ocasión.

—Bueno, pues feliz cumpleaños, señor Montero.

## *El Silencio*

Me encontraba en el jardín recostada en la hamaca. Llevaba un vestido largo y mi cabello caía a los costados de este velero que me mecía lentamente por encima del pasto. El día estaba soleado y las flores al pie de la palmera brillaban haciendo que todo tuviera una luminosidad dorada.

Fue entonces cuando me llamaste desde la puerta. No te vi, sólo reconocí la voz e inmediatamente supe que eras tú. Me dijiste que entrara. Junto a ti estaban dos hombres vestidos de blanco, al igual que yo. Tú también tenías un traje blanco, con zapatos blancos y el cabello arreglado, como si fueras un hombre opulento. Debo reconocer que te veías muy guapo.

Me tomaron de los brazos y me sacaron por la fuerza; yo me resistí, muy poco en realidad. Atravesamos la cerca del jardín y me metieron en una ambulancia. Todos estábamos de blanco, hasta tú. Te pedí ayuda, pero te quedaste mirando con las manos en los bolsillos. Adentro de la ambulancia hubo un silencio igual que el de afuera. Y todo con una lentitud inmensa y un enmudecimiento total.



## *Reflexiones de un joven apocalíptico*

El miércoles 31 de julio del 2013 presencié mi primer partido como aficionado del Cruz Azul (ja, ja). La sede: el Estadio Azul; el rival: los poderosísimos Jaguares de Chiapas. De esa semana que estuve con mi madre en la Ciudad de México y de ese verano, en general, guardo muy gratas memorias. Recuerdo ese día particularmente, sobre todo aquella revelación apocalíptica que me sobrevino al final, por lo que daré pie a la serie de escrúpulos preliminares que nos entretuvieron hasta llegar la fecha del partido.

La primera inquietud fue comprar los boletos. Nos dirigimos a un Mixup, supuesto centro de venta, pero los empleados nos informaron que los boletos debían adquirirse en línea por Ticketmaster. Ingresé a la página web en la computadora del lobby del hotel, hice la transacción y conseguimos dos asientos a un muy buen precio.

Lo siguiente era saber cómo llegar al estadio. Googleé cuál era la estación de metro más cercana y confíe ciegamente en un tal @Coronel\_Klink67, usuario destacado de Yahooanswers, que proporcionó una extensa y detallada respuesta en 2006 y cuya única fuente de referencia era “yo mero”. La erudita y exhaustiva investigación mereció cinco estrellas.

Llegó por fin el miércoles, día del partido. Lo ideal era llegar al estadio dos horas antes de que el evento empezara, por lo que decidimos no alejarnos mucho del hotel y dedicamos la mañana a recorrer la Zona Rosa. A las dos de la tarde caminamos hacia el metro Insurgentes por la misma calle en donde se ubicaba nuestro alojamiento. Tomamos dirección Observatorio hasta Tacubaya, donde transbordamos a la línea siete, con dirección a Barranca del muerto. Dos estaciones después nos encontrábamos en metro San Antonio.

Al salir de la estación intentamos ubicar el estadio. Caminamos un poco sin rumbo fijo hasta que decidimos preguntar en un puesto de revistas. El señor –cansado ser utilizado como referencia turística, sin obtener ninguna remuneración a cambio– se limitó, como Cratilo, a señalar con el dedo, y, sin despegar su cabeza del periódico que merecía su atención, profirió un enigmático aforismo digno de Heráclito: “Todo derecho”.

Cuando por fin dimos con el estadio, el cual queda al lado de la Plaza de Toros México, nuestra preocupación era encontrar algo que comer. Atravesamos una de las calles circundantes en búsqueda de un buen restaurante. Por rutina, recorrimos los locales escudriñando la limpieza-precio-calidad-apariencia-número-de-clientes-antigüedad-del-edificio-tipo-de-sangre-y-signo-zodiacal-del-gerente. Como ninguno de los establecimientos pasó la prueba, decidimos comer en algún puesto junto al estadio, lo cual más tarde probaría ser un terrible error.

Ahora que, elegir un puesto de tacos afuera de un estadio y que esté realmente bueno no es cosa fácil. Con cierta irresponsabilidad epistémica, cedimos ante la primera invitación de una doña y pasamos a sentarnos en su mesa. Comimos un platillo con exceso de grasa y baba de nopal. Una vez deleitado el “exquisito” manjar garnachero, decidimos matar el tiempo viendo los autobuses de los equipos llegar al estadio y a los jugadores descender de ellos. Luego nos formamos en la fila para ingresar y le dimos nuestros boletos a la señorita para que los escaneara. Entrando, alguien nos hizo el favor de llevarnos hasta nuestros asientos por la módica cantidad de lo que nuestra voluntad quisiera aportar, acuerdo que –sobra decir– no fue estipulado explícitamente al principio.

Aún faltaba mucho para que el partido comenzara, por lo que el estadio se encontraba prácticamente vacío. En ese momento quise buscar el stand donde vendían las playeras y demás mercancía oficial del Cruz Azul. Después de tomar una difícil decisión entre azul o negro y pagar ochocientos pesos, regresé a la butaca con la playera puesta.

Dieron inicio los espectáculos preliminares, es decir, de relleno. Al principio me mostraba escéptico respecto a las seis u ocho adolescentes con sobrepeso en el campo. ¡Esas no podían ser las famosas “Celestes” del Cruz Azul! Grande fue mi alivio cuando las verdaderas “Celestes”, como la cosa-en-sí detrás de las apariencias fenoménicas, salieron a la cancha junto con la mascota del equipo a hacer su número coreográfico.

A esta hora el sol pegaba directo en la cara. Pronto me di cuenta de que la ubicación de mi asiento no era en realidad propicia para apreciar el terreno de juego. Nos encontrábamos demasiado abajo, casi a nivel de cancha. Mi mente comenzó a maquinarse cómo hacerme de un asiento dos filas más arriba, rezándole a Zeus que me librara de la penosa situación de tener que ser increpado por su legítimo dueño imaginario. Por un buen rato, la posibilidad de tener que ponerle rostro a la imagen ficticia de dicha persona me tuvo tenso. Afortunadamente, esto nunca sucedió.

Así, cuando el árbitro pitó el silbatazo inicial, me sentí gustoso de estar disfrutando mi primer partido en el Azul y de tener noventa minutos de puro entretenimiento banal y clase-mediero delante de mí. El partido arrancó parejo y el gol de Jaguares cayó en un tiro libre antes de que terminara el primer tiempo. Mi preocupación para la parte complementaria era, naturalmente, que el Cruz Azul consiguiera empatar el encuentro.

Al iniciar la segunda parte sentí ganas de pedir una cerveza, pero estos pensamientos pronto se disiparon cuando el cielo se nubló funestamente alrededor del minuto setenta y comenzó a llover. A pesar de ello, la porra –la siempre fiel y leal Sangre Azul– se mostraba imperturbable y soportaba la lluvia con estoicismo, incluso con enjundia. Desde su sección, los aficionados sin playera seguían invocando sus cánticos como ofreciéndolos a Tláloc en aquella noche lluviosa en la que fue trasladado de Oaxaca al Museo Nacional de Antropología.

El clima sólo empeoró. La lluvia caía con una fuerza estrepitosa y mojarse resultaba inevitable, hasta los plásticos infalibles de diez baros revelaron su ineficacia. Claro que nada de esto importó cuando Pavone vio al arquero de Jaguares adelantado y globeó su disparo para igualar el marcador con un bellissimo gol que toda la afición festejamos. Pero casi de inmediato, un granizo infernal vino sobre nosotros y apagó esa felicidad momentánea y repentina que colectivamente habíamos alcanzado.

La gente se ríe cuando escucha esta historia. No concibe lo desesperante que es tener que evacuar un estadio lleno de personas, ver que se suspenda el partido y a los jugadores correr por sus vidas a los vestidores en medio de una lluvia de granizo. Las personas se amontonaban en fila india intentando abandonar el recinto. No recuerdo nunca en mi vida haber temblado tanto de frío y menos en julio.

Cuando logramos salir a la calle seguía granizando con fuerza, por lo que nos tuvimos que meter a una especie de área de descarga para camiones. Como la lluvia no paraba, decidimos movernos de ahí para buscar un taxi. Fue ya en plena calle cuando vi esa imagen de locura que provocó mi revelación.

Por una simple granizada que, por más fuerte que haya sido, sigue siendo una mínima representación del poder destructivo de la naturaleza, en un lapso de diez a veinte minutos la gente (incluido yo mismo) había olvidado toda preocupación previa para enfocarse menesterosamente en dos simples tareas: resguardarse de la lluvia y regresar a casa.

La cerveza, el resultado del partido, la postura acerca del aborto, la profesión de alguien, cuánto dinero tiene en el banco, qué opina sobre el comunismo y la marihuana, su pieza favorita de Bach, el significado del verbo “desinstitucionalizar”, si son más una persona de perros o de gatos... todo reveló, de manera apodíctica, su carácter insignificante.

Todo lo entendido por “vida” o “existencia” se redujo a gente corriendo, llenando los carriles y estaciones del metrobús, aglomerándose bajo el techo de algún Sanborns, pidiendo desesperadamente que un taxi los transportara sanos y salvos de vuelta a sus hogares.

Cuando por fin tuvimos la suerte de que un taxi nos levantara y nos llevara al hotel, mi mente retomó las preocupaciones habituales, como, por ejemplo, si el taxista era el mismo de la foto. Antes de llegar a nuestro destino, hicimos una parada en un Extra para comprar algo de cenar y unas pastillas para prevenir cualquier resfrío. Me fijé que vendían la tan anhelada Sol Limón. De tantos años de no ver una las creía descontinuadas. Compré la cerveza y la bebí en el cuarto después de un baño caliente. Ya no las encuentra uno así de fácil, lo cual es una verdadera lástima.

# *LETRILLAS*

James Douglas Morrison –que en paz descanse– se dirigió al sanitario de caballeros media hora antes de que saliera su vuelo. Escogió (sin mucha opción, en realidad) el mingitorio a la izquierda de un calvo que silbaba alegremente una melodía, como si estuviera esperándolo. James Douglas Morrison –que en paz descanse– comenzó antes que él. El chorro se prolongó de manera asombrosa y, cada vez que le llegaba el pensamiento de que ya había durado demasiado, el chorro se intensificaba y el tiempo se expandía. Entre más reflexionaba James Douglas Morrison –que en paz descanse– sobre el flujo, más le parecía largo el tiempo.

Cuando por fin terminó con su deber fisiológico, James Douglas Morrison –que en paz descanse– se subió los pantalones y se dirigió a la salida, no sin antes reparar en la gotita traicionera que, tarde o temprano, traiciona a todos los miembros del sexo masculino. Sintió el hilo escurrirse por la pierna izquierda y a James Douglas Morrison –que en paz descanse– le pareció extrañamente frío e inocente a la vez.

Como este era su tercer vuelo del día, a James Douglas Morrison –que en paz descanse– lo agobiaban el vértigo del avión, el olor a atrapado y la voz gangosa de la azafata recitando la “Sinfonía de la Tortura” de Franz Kafka.

Próximo al aterrizaje, James Douglas Morrison –que en paz descanse– se puso a reflexionar sobre el asesinato.

¿Era justo matar a esas tres personas por venganza? ¿Estaba justificado si ellas habían cometido primero una negligencia? ¿No era eso del “ojo por ojo y el mundo acabará ciego” una doctrina pasiva e irreal?



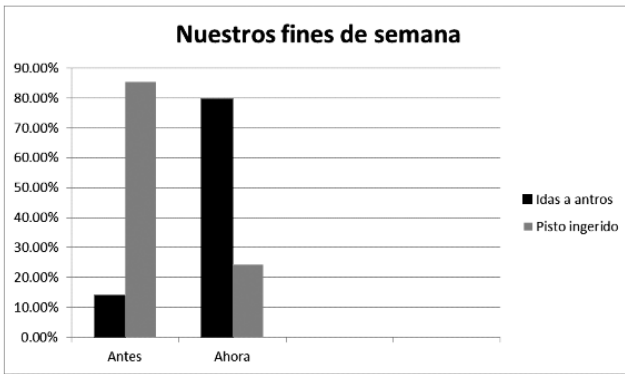
Al fin y al cabo, ¿qué son tres vidas? ¿Qué valor pueden tener junto a millones de vidas que existen y que han existido de manera sempiterna? Más importante aún, ¿qué es la vida?

Como en forma de respuesta, las ruedas del avión rozaron el pavimento, volcándose violentamente sobre el llano.



*Sobre la inducción,  
o por qué el señor jux debe  
parar su mame*

En las semanas pasadas hemos sido testigos del lamentable retiro del señor Steve “Alf” Tumnus de la Peda<sup>1</sup>. Es obvio que esto ha representado una pérdida fundamental para nuestro estilo de vida nocturna y embriaguez de nueve a cinco. Cabe mencionar también que, desde la desaparición de SAT (Steve Alf Tumnus), hemos dejado de frecuentar bares y pedas, mientras que nuestra presencia en antros<sup>2</sup> ha incrementado considerablemente de un 13.9% a un 75.6% en el último mes<sup>3</sup>. Esto ha tenido un severo impacto tanto en la cantidad como en la calidad de nuestro consumo semanal de pisto<sup>4</sup>.



\*Fig. 1. Se puede ver que la correlación entre las idas a antros y el pisto ingerido es inversamente proporcional cuando el límite del logaritmo de  $P_i$  se acerca a  $\delta X$ .

1. Peda: (s.f.) Dicese del máximo exponente de vida. Véase también “Pisto”.
2. Antro: (s.m.) Lugar aburrido y elitista donde el alcohol es caro y el punani es severamente arduo de conseguir (véase abajo “Punani”).
3. Datos tomados del INEGI (26/1/2015).
4. Pisto: (s.m.) Néctar de los Dioses.

Debido a esta serie de eventos desafortunados, nos hemos visto envueltos en una rutina de la cual no logramos salir: José Ramón Angles (Big Fudge, Yeye el avioncito, Miterrandi) llega a la Taberna<sup>5</sup> después de cerrar su farmacia, exactamente a las 20:00 horas. A esta hora el señor Aristeo “Jux” Benavides (Godínez, Aristetas, Vomiteo, Puteo) se está bañando en su casa. Aproximadamente una hora y media después, Angles y yo pasamos por él al Partenón<sup>6</sup>.

Una vez que estamos los tres juntos –puede que nos acompañe David Magallanes (el Puma, Taffoman, Zunado), Gabriel Thomas (Gabo, H), David Ruiz (Ricitos de Oro, Rubius) o Daniel “Champi” Acosta (Gólum, Culoman, Chompi)– nos dirigimos al bar más cercano, en este caso el Cincinatti Bar, ubicado en la lateral del Periférico de la Juventud, donde ya somos conocidos por el gerente y por las meseras con tremendo punani<sup>7</sup> que trabajan ahí.

En el bar ordenamos una botella de Jack Daniel’s, cuya promoción los viernes incluye otra de Jägermeister. Los únicos que tomamos somos yo –claro que sí, amigo–, el borracho cochino del señor Jux y el Rubius. El señor Angles se modera porque hace el favor de desplazarnos por la ciudad, el señor Magallanes no toma porque fumar es más barato, y el señor Gabo toma si su mesada de veinticinco pesos mexicanos<sup>8</sup> le alcanza. Al señor Chompi no vale la pena mencionarlo, ya que se ha visto más veces al Yeti que a él en la Peda.

5. Taberna: Punto de reunión de la Peda.

6. Partenón: Casa inspirada en el modelo arquitectónico de la Grecia clásica del siglo V a. C. Residencia del señor Jux.

7. Punani: (s.f.) Lo que el señor Jux anhela conseguir todos los fines.

8. Estudio socioeconómico realizado por el DIF (14/11/2014) concerniente al ingreso que Gabo recibe mensualmente.

Llegan las dos botellas, acompañadas de cuatro servicios de coca cola, vasos rojos de la Peda y caballitos para los chots<sup>9</sup>. Una vez que ya está todo servido en la mesa, el señor Jux se apresura a empujarse la botella cual marrano de ExpoGan<sup>10</sup>, asegurándose de que le tomen snapchat<sup>11</sup> mientras lo hace. Acto seguido, insiste en que todos hagan lo mismo y duren una cantidad exagerada de segundos—quince y, en ocasiones, hasta veinticinco—“mamándosela”, así como él vulgarmente se expresa. Ahora, se preguntarán, ¿cuál es la razón de este comportamiento de barbaján? ¿Se trata acaso de un bruto, de un hombre de naturaleza no refinada? Mejor cabría preguntar, ¿qué interés puede tener él en que se cumpla cabalmente con este ritual de virilidad y hombría? Pues es muy simple: el señor Jux mira su reloj y no puede esperar a pedir la cuenta para irse a Barezzito lo más pronto posible.

Dicho y hecho, pagada la cuenta, nos encontramos en la fila para entrar a BZZ. La mayor parte de las veces nos regresamos inmediatamente porque vemos que primero va a entrar Jesús en tu corazón que nosotros al recinto. Si no es así, nos quedamos parados afuera mientras algún mirrrey<sup>12</sup> se asoma por la terraza y se burla de nosotros, sosteniendo una cuba vacía de ciento veinte pesos en una mano y apuntándonos con la otra como Nelson de Los Simpson.

De aquí pasamos a nuestra siguiente parada, el City Hall, localizado detrás de Fashion Mall. Por lo general, es el antro más confiable, pero eso no satisface la terrible ambición de la que es

9. Chots: (s.m.) Lo que te acaba jodiendo todos los fines.

10. ExpoGan: Evento chihuahuense anual al que asisten puros rancherospantalontruereligion de Aldama.

11. Snapchat: Aplicación usada para ver senos y hacerse notar.

12. Mirrrey: (s.m.) Alumno multicultural del Instituto Tecnológico de Monterrey.

víctima el señor Jux, peor que la de Tony Montana, peor que la de Jay Gatsby y peor que la de Cuauhtémoc Blanco queriendo ser alcalde de Cuernavaca. Por eso terminamos yéndonos al High (antiguamente, Lotus) que está más vacío que misa en martes y donde los únicos bailando son cuatro coreanos muy confundidos. Por último, pero no por ello menos importante, el Luluk (antiguamente, EXS). La única vez que intentamos entrar, el cadenero dijo textualmente: “Son más ustedes aquí afuera que los que están dentro”.

Entonces, se preguntarán, ¿qué hacer en esta situación? ¿Irse a casa? ¿Ir a los Ruddy's<sup>13</sup>? Claro que no, amigos. Lo que el señor Jux sugiere es, cual Sísifo, rodar la piedra hasta la cima, y regresar, una vez más, al City Hall. ¡*Da capo!* Y así, sentenciados por la eterna recurrencia nietzscheana, pero sin su indispensable afirmación vital, regresamos al City Hall, donde el señor Jux se esmerará, en vano, por conseguir el Punani.

Al final de la noche, dejaremos a Jux en el Partenón y sus únicas y reconfortantes palabras serán: “Estuvo del huevo”.

Último paso: Repetir todo la noche siguiente.

Ahora bien, yo sé que el señor Jux y yo nunca vamos a afinar nuestras diferencias, y que nuestras discusiones, por naturaleza, resultan interminables y nunca llegan a nada concreto. Así que espero —aunque sé bien que no— que por medio de este ensayo, que toca una de las cuestiones epistémicas más complejas, a saber, el problema de la inducción, pueda razonar un poco sobre el lamentable escenario del que somos partícipes todos los fines. Ojalá el señor Jux lo lea con suma atención y alcance a vislumbrar la realidad de nuestra problemática existencia.

13. Ruddy's: Local de Dogos donde venden salchichas polacas de 30cm que Champi engulle gustoso mientras entona melodías que suenan perdidamente a Fher de Maná.





*Domingo*

**7:51:** Sed. Dolor de cabeza.

**8:12:** Bajar a la cocina. Vaso de agua. Volver a dormir.

**10:56:** Despertar (ahora sí). Buscar celular. Checar mensajes. Ver foto de Whatsapp del número que conseguí. Borrar número.

**10:58:** ¿Vomitó anoche? Buscar rastros de vómito en los pantalones. *Nada por aquí, nada por a... ahí está.* Oler mancha. Sí, definitivamente vómito.

**11:23:** Desayunar. Huevos, tocino, pan tostado, café.

**11:39:** Escuchar The Black Keys, “Everlasting Light”.  
*Love’s the coal that makes this train roll, let me be your everlasting light.*

**11:44:** Volver a la cama. Leer novela de Hemingway sobre expatriado desilusionado que bebe hasta morir debido a una herida de guerra que lo hace incapaz de amar físicamente. Considerar ir a pescar alguna vez.

**12:35:** Salir de la cama. Cambiar de pantalones de mezclilla sucios, playera negra sucia y botas, a pantalones de mezclilla no tan sucios, playera negra no tan sucia y botas. Verse en el espejo. Considerar peinarse. No peinarse.

**12:41:** Salir al Oxxo de la esquina. Comprar limonada mineral y cacahuates enchilados. Caminar tres calles de vuelta.

**12:52:** Jugar Strikers. Super Bowser Cup con Mario como capitán y Toad de *sidekick*.

**14:17:** Felicidades a Mario por ganar la Super Bowser Cup. Doce partidos ganados, cuatro perdidos (uno en *sudden death*), 75 % de efectividad. Final contra Yoshi. Marcador 6-1 (Bukkake).

**14:23:** Ir al baño. Checar el marcador del Cruz Azul el viernes. 2-1 contra Querétaro. Otros marcadores, América 5, Chiapas 0. Imaginar la erección que ha de tener Martín. Revisar

Facebook. Ver videos pendejos de Dubsmash. Ver foto no. 256 de la cena romántica de alguna pareja. Mesa, manteles blancos, platos vacíos y botella de vino (ni les gusta).

**14:25:** Ver foto editada con un filtro de Snapchat de tu amigo y la tipa con la que está quedando. Él es un perrito y ella es un gatito. Considerar vomitar. No vomitar (apenas).

**14:29:** Regresar a la cama. Ver pornografía.

**14:38:** Pensar en chistes comunistas.

—Disculpe, ¿aquí es la tienda donde no tienen mantequilla?

—No, señor. Nosotros somos la tienda que no tiene crema. La tienda que no tiene mantequilla está a la vuelta.

**14:40:** Recordar la conferencia de Zizek donde contó ese chiste. Comprender finalmente a lo que se refería por “diferencialidad”. Una cosa es también lo que no es.

Ejemplo: En francés no hay una palabra exacta para “barato”, sino “*pas cher*” que traduce a “no caro”, por lo tanto, una cosa barata es una cosa que no es cara. Por ende, es también lo que no es; lo uno y lo otro se complementan para formar una síntesis, a pesar de que lo otro esté ausente en la cosa misma. Gracias por corregir la ley de identidad de los indiscernibles de Leibniz.

**14:43:** “Aunque también, esto es posible por cuestiones de lenguaje. Sí, ya sabemos que el lenguaje es realmente una forma de interpretar el mundo. Wittgenstein pensaba que en realidad no había grandes verdades ni problemas filosóficos, sino que eran resultado de la naturaleza errónea del lenguaje”.

**14:44:** Considerar que Wittgenstein prácticamente acabó con la filosofía, si tan sólo alguien lograra entender el *Tractatus Logico-Philosophicus* (aparte de él).

**14:46:** Otro chiste comunista.

—¿Qué va a tomar, señor?

—Un café sin crema, por favor.

—Señor, no tenemos crema, sólo leche. ¿Puedo traerle un café sin leche?

**15:17:** Comer. Ensalada, sardinas, carne asada, vino. Considerar comprar más vino.

**15:25:** “Yo obscenidad en vuestra leche”.

**16:34:** Más lectura. “Las buenas partes de un libro pueden ser algo que el autor escuchó o el peor momento de su vida. Como sea, los dos funcionan”. Mucha razón, mucha razón.

**17:16:** Nueva pestaña. Ver pornografía.

**18:00:** Estudiar biología. Mitosis. Interfase-profase-metafase-anafase-telofase. Muy importante todo esto.

**19:03:** Cena con mi padre en el Garufa. Temas a evitar:

Trabajo

Ejercicio

Jugar Golf

Servicio militar

Ordenar mitad de ensalada y empanada de salmón. Esperar a que mi papá pida vino. Pedir vino también. Comer. Platicar. Tomar vino. Pagar cuenta. Regresar a casa.

**21:33:** Tomar más vino. Escribir. Escuchar Brahms.

**23:10:** Ver Los Simpson. Cagarse de risa (una vez más) cuando Bart toca con el culo el tercer movimiento de la Sonata para piano n.º 11.

**00:37:** De nuevo, “Yo obscenidad en vuestra leche”.

**00:38:** Dormir.

*Contrafábula de  
La Hormiga y La Cigarra*

Llevaron a la hormiga y a la cigarra a su nuevo departamento y les dijeron: “A ver cómo chingados le hacen que ahí viene el invierno en cuatro meses”. La hormiga y la cigarra se instalaron en la vivienda. Ese mismo día, las dos se dirigieron al banco para recibir el cheque con el que se prepararían para el frío. La cigarra se tomó en serio (demasiado en serio) el objetivo. Fue al mercado y compró los alimentos que necesitaría para todo el mes. Considerando el costo de oportunidad, y con vista a una inversión a largo plazo, adquirió la mayor cantidad de productos por el menor precio posible. De modo que la cigarra se la pasó cocinando pollo o pescado acompañado de espagueti o arroz. Cuando tenía antojo optaba por una botana saludable como manzanas orgánicas o almendras con arándanos. Había días –cuando tenía tiempo– en que incluso preparaba un puré de papa o una sopa de verduras. Nada de refrescos o bebidas azucaradas, nada de café. Las únicas ocasiones en las que la cigarra gastaba algún dinero extra era cuando sus amigas cigarras la invitaban a lugares recreativos para convivir y pasarla bien. De ahí en más, la cigarra se dedicó a registrar meticulosamente sus gastos en una libreta y a cursar sus materias en el Instituto Tecnológico Autónomo para Cigarras (ITAC). En sus ratos de ocio, la cigarra hacía ejercicio para desestresarse y muy pronto se consiguió una novia-cigarra con quien salir a bailar y a divertirse.

Mientras tanto, nuestra amiga hormiga despilfarró su dinero en garnachas grasosas de puestos callejeros, alcohol y cigarros. Se pasaba el día leyendo a Hormigovsky y a Hormigovstoy, cosas desconcertantes y dañinas para los nervios. Malgastaba su tiempo acostada en la cama, escuchando discos de jazz o de rock. Ocasionalmente, escribía un par de reflexiones interesantes, pero no para que alguien perdiera más de diez minutos de su tiempo en ellas.

La cigarra le reprochaba: “No es posible. Uno tiene que esforzarse y sacrificarse para merecer mejores cosas en el futuro. Yo ahorita paso mis días cocinando, limpiando y estudiando para conseguir un buen trabajo, conocer a la mujer-cigarra de mi vida, casarnos, construir una casa, viajar y conocer el mundo, comprar un carro, tener hijos-cigarras, llevarlos a clases de baile (si es una niña-cigarra) y de karate (si es un niño-cigarra), adoptar un perro-cigarra, conseguir un ascenso en el trabajo, ver que mis hijos vayan a la universidad para cigarras, ahorrar y asegurar su futuro y el mío, y disfrutar de mi retiro al lado de mi esposa-cigarra, hasta que la salud lo permita”.

La hormiga le decía: “Uno nunca sabe”.

Qué tonterías, pensaba la cigarra.

Los meses pasaron volando, y cuando faltaban dos semanas para el invierno, la cigarra (muy segura de sí misma) le dijo a la hormiga: “Ahora que el invierno está cerca, y que no has hecho nada para resguardarte del frío, espero que hayas aprendido la lección. No sé cómo le vas a hacer, pero yo no te voy a ayudar cuando te estés congelando y me pidas asilo”.

La hormiga le respondió: “Tienes razón. He vivido día a día sólo pensando en el presente y he tenido suerte hasta ahorita, pero, aun así, no me arrepiento de nada”.

La cigarra volteó los ojos, cansada de escuchar este tipo de respuestas tan características de la hormiga.

“Típico de ti. Pero bueno, me tengo que ir porque ya voy tarde para...”

La cigarra no alcanzó a terminar la frase. Daniel, que esa mañana iba tarde para su examen de histología, dobló la esquina y, sin fijarse, siguió su camino rumbo a la Facultad de Medicina.





*Reconstrucción de una  
peda interesante...  
en Xochimilco*

¿En qué estaba? Es sábado por la mañana, y después de un desayuno completo de huevos, pan tostado, tocino y café, terminas de recapitular lo acontecido anoche y de transcribirlo en un texto titulado *Reconstrucción de una peda interesante*.

Era un quince de septiembre y te encontrabas en los confines solitarios de tu departamento, azotando Carta Blanca tras Carta Blanca, fumando cigarro tras cigarro, absorto mientras escuchabas a Eric Clapton ejecutar a la perfección el solo de “Little Wing”.

En el aire había esa armonía que uno intenta invocar tantas veces en la cotidianidad, pero que sólo asoma su rostro cuando ella lo desea. No le faltaba nada a la noche. Todo se mezclaba con facilidad y sin ofrecer ninguna resistencia. Aceptabas eso que es tan difícil conciliar intuitivamente: el instante pleno y crudo del presente. El hecho de estar aquí, ahora, viendo ese buró, las botellas vacías, la lámpara, el cenicero con las llaves, los libros, sin ningún pensamiento, porque (gracias a Dios) ningún pensamiento era necesario.

Quizá no era lo que muchos jóvenes de diecinueve años tienen en mente cuando es puente. Por eso tu *roommie*, compadeciéndose de tu triste situación, te invitó con sus amigos de la universidad.

Accediste desobedeciendo las indicaciones del *daimon*. Los Ubers, los pomos, el Bacardí, el tequila, las salsas, las cumbias, el precopeo, el *lounge*, el *loft*, el *rooftop*, el *lobby*, la Condesa, los *outfits*, los *shots*, la indecisión colectiva, esos movimientos de falsa democracia, las reservaciones, las mesas, el mame, el tremendo mame.

La cruda moral siempre será más difícil de curar que la resaca. En fin, esa es otra historia, la que transcribes antes de ir a otra reunión. Ahora debes relatar lo que acontecerá.

Es el cumpleaños de tu amiga. Falta un mes, pero ella ha decidido festejarse antes por razones logísticas. Ha invitado a sus amigos de la universidad y de su círculo social cercano a su departamento para un precopeo tranquilo antes de partir rumbo a las trajineras. La idea de tener que ir hasta allá y no quedarse más “en la ciudad” –lo que sea que eso signifique– no te entusiasma particularmente, pero tratándose de una amiga no has podido zafarte de la invitación.

Al llegar a la fiesta ves a otros amigos que rara vez frecuentas. Alrededor de las dos de la tarde vas al Oxxo junto con los demás para comprar alcohol. La receta secreta del coronel: una ampolleta de tequila y un New Mix Vampiro. El tequila se toma directo y se pasa con el New Mix.

Para las tres de la tarde, cuando llegan los Ubers y todos abandonan el departamento, tu mente ya no considera que tomar en vía pública sea un riesgo ni tampoco algo indecente. El chofer no dice nada. Gajes del oficio, piensas. El trayecto es largo, el tráfico aberrante y la gente entonando en conjunto “Bohemian Rhapsody” no lo hace más ameno.

Al llegar al puerto de las trajineras, el alcohol –al igual que Dios– ha muerto y nosotros lo hemos matado. Lo bueno es que siempre hay alguien dispuesto a ir al 7-Eleven más cercano y comprar otra receta mágica por una buena propina a cambio. Una vez que la cuerda de la trajinera se desprenda, no deberás recordar nada después de veinte minutos, como, por ejemplo, el haber vociferado: “Regrésame mis lentes, hija de la chingada”. La ofensa no es personal si no ves un carajo; es anónima, como maldecir a los dioses.

Cosas que sí recordarás: uno, la primera vez que estacionen la trajinera en un área de tierra firme; dos, la segunda vez

que la estacionen en otro lugar y vayas a orinar; tres, regresar de haber orinado y pisar por accidente un charco de lodo; cuatro, quitarte los zapatos y calcetines porque estaban empapados; cinco, acostarte en la trajinera con el pantalón remangado a tomar el sol como Huckleberry Finn; seis (vagamente), el güey que estaba remando derramó cerveza encima de ti; siete, despertar de un letargo inconsciente y no saber si has estado dormido o despierto todo este tiempo.

Al “despertar”, el crepúsculo púrpura te sorprende. Anochece lento y el tiempo parece detenerse. Te acercas a la orilla de la trajinera y te acuestas boca abajo a contemplar las islas y el paso rezagado de la barca. Es como estar en el set de *Apocalypse Now*, o peor aún, en pleno Vietnam. Tu amiga se acerca y trata de hablar contigo. Su rostro al verte en trance no es otro que de extrañeza. No tienes ganas de hablar con nadie ni apartar la vista de lo que tus ojos miran fijamente por delante, tocas el agua sucia con tus manos y sientes la belleza penetrar tus poros.

Has despertado de la nada y te encuentras en un estado anterior a la existencia, sintiendo (tal vez) lo que otros han sentido en épocas pasadas. El tiempo y el espacio pasan a segundo plano. Un contacto directo —pero verdaderamente directo— con la naturaleza. El alcohol distorsiona la sensibilidad habitual, pero a pesar de ello intuyes un sentido de completa libertad y plenitud que no logras aprehender del todo, que se te escapa. Y es precisamente esta forma repentina en la que se manifiesta lo que le confiere valor. No se elige ni se invoca, mucho menos se planea, y resulta difícil expresarlo en términos que no sean místicos. Solamente está ahí. Es todo.

Es hora de volver a la ciudad. Atraviesas el puerto descalzo. En el Uber, te percatas de que no puedes ver la pantalla del celular sin forzar la vista. En el departamento, el efecto de la receta secreta empieza a disiparse gradualmente hasta no dejar huella alguna. Nueve de la noche, hora de ir a otra peda en el departamento de enseguida. Este trabajo resulta insoportable, pero alguien tiene que hacerlo.



# *Manual para comer tacos en la calle*

— *Hommage à Julio Cortázar* —

Ubique la taquería más cercana. Diríjase a ella con dinero en efectivo. Gasto aproximado: de setenta a cien pesos mexicanos (pague con billetes pequeños, de preferencia, o si puede con morralla). Salude al taquero. Si no lo conoce, tome un momento para verificar su técnica. Pregúntele de qué hay. Recé por que haya de bistec. Si es el caso, pida dos y un campechano; si no hay de bistec, tendrán que ser de suadero. Pídalos con todo.<sup>14</sup> Contemple ante usted la barra de salsas y verduras. Una buena taquería debe disponer, por lo general, de pepinos rebanados, rábanos, limones, salsas –verde y roja, por supuesto–, cebollas, sal, servilletas y gel antibacterial.<sup>15</sup>

Antes que cualquier otro condimento, añada salsa. El debate entre la salsa roja y la salsa verde es uno que sólo Wittgenstein (si hubiera residido en México) podría resolver. Los conceptos de “salsa roja” y “salsa verde” son conceptos abstractos por los que no vale la pena reñir. Por lo tanto, elija prudentemente atendiendo a la singularidad de la salsa concreta que tiene enfrente. ¿Tiene guacamole? ¿Es de habanero? ¿Repercutirá en mi ano? Estas son las preguntas que debe hacerse. Administre una generosa cucharada al centro de su taco y espárzala hacia los lados sin que desborde las orillas. Prosiga con los limones. Es una verdad extendida que los limones de las taquerías suelen estar bastante secos.<sup>16</sup> Si le tocan buenos limones, la mitad de uno es suficiente para cada taco. No se exceda en su uso, ya que de otra manera la carne puede perder sabor. Agregue sal al gusto.

---

14. La ambigüedad de la expresión “con todo” varía de taquería a taquería. Ciertamente no debe ser tomado en un sentido cosmológico ni metafísico, sino pragmático. Para más información sobre el tema, véase: Hawks (1988). “Terminology of mexican *taquerías*”; Lee-Graham (1975). “Structure of the taco in Mexico City and the South of México”; J. L. Morgan (1990). *Mexican Cuisine* (pp. 27-34).

15. Martínez (2001). La enciclopedia del taco.

16. Martin Green (1956). “Usos comerciales del limón en Latinoamérica”. En Carlos Acevedo Pérez, *Antología gastronómica de Latinoamérica* (pp. 56-77).



Ahora elija su bebida. Las opciones incluyen una coca cola de vidrio de medio litro o un Boing de mango. Proceda a sostener el plato de plástico con la mano izquierda. Por cuestiones termodinámicas y para una mejor distribución del peso, asegúrese de no tener más de cuatro tacos a la vez en el plato. Tome un par de servilletas y colóquelas con su mano izquierda por debajo del plato, aplicando una ligera presión con los dedos. Sujete el taco con la mano derecha, asegurando bien las dos tortillas yuxtapuestas por ambos costados. Inclínese ligeramente y acerque su boca al extremo del taco para dar la primera mordida. Regrese el taco al plato y déjelo reposar (nadie se lo va a quitar). Entretanto, agarre la servilleta con la mano derecha y límpiense con discreción. Tome el refresco con la misma mano y dé un trago para pasar el taco.

En caso de que el puesto se encuentre en una hora de mucha afluencia, usted deberá desplazarse alrededor para que los demás comensales puedan proveerse de salsa, limones y demás suministros. Por ello, escoja bien su lugar. No interrumpa a los grupos de Godínez que salen a comer y que discuten sobre Susana, la nueva de ventas.

Si desea otra orden de tacos, corroboré primero que el taquero no esté sobrecargado de pedidos. La mayoría de ellos, además de encargarse de preparar los tacos, tiene que lidiar con la distribución de refrescos, el refill de salsa y de limones, órdenes para llevar, cobro y corte de caja. Por eso, observe a su alrededor y asegúrese de que no haya demasiados pedidos antes que usted.

Una última sugerencia. Si usted es de estómago delicado, o está acostumbrado a comer saludablemente en casa, no ingiera más de cinco tacos y, sobre todo, modérese con la salsa.

Al terminar, repose el plato y su refresco sobre la barra y diríjase al otro extremo para la confesión obligada: ¿Cuántos fueron, joven? Porque uno podrá mentirles a sus padres, a sus hijos, a su pareja, al SAT, al sacerdote e incluso a sí mismo, pero nunca al taquero. Reciba la gloriosa bendición y despídase del sacrosanto recinto hasta el día de mañana.

*(Quesa)dillas con queso*

Álvaro Obregón, CDMX

5 de abril de 2017

Estimado señor Zamora:

Hay días en los que uno se despierta más serio y deconstructivo que de costumbre. Eso explica que haya decidido redactar esta disertación sobre si la quesadilla debe *necesariamente* (en sentido onto-lógico) llevar queso o no, por más que esto implique perder el tiempo en una disputa bizantina.

En todos los estados de la República Mexicana –menos en uno, que, precisamente no es un estado, o al menos no solía serlo hasta hace poco– es una verdad universal que la quesadilla debe llevar queso. Dichos partidarios se posicionan del lado del sentido común y de la razón. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si uno pide una *cheeseburger* sin *cheese* en Estados Unidos, aparte de ser deportado?

El mundo es kantiano sin saberlo. En la introducción a la *Crítica de la razón pura*, Kant distingue de manera clara entre juicios analíticos y juicios sintéticos. En los primeros, el predicado se haya contenido implícitamente en el concepto, mientras que en los segundos se le añade el predicado. Ejemplos empleados por Kant para un juicio analítico son “todos los cuerpos son extensos” o “un soltero es un hombre no casado”. Esto es así porque el predicado de “ser extenso” se encuentra contenido en el concepto de cuerpo, como también el predicado “no estar casado” está, por decirlo de algún modo, encerrado en el concepto de soltero, de manera que no podemos concebir un cuerpo que no sea extenso o un soltero

que no sea un hombre no casado. De cierta forma, entonces, los juicios analíticos expresan tautologías, verdades autoevidentes.

Así entienden los “provincianos” –término geográficamente incorrecto y en la mayoría de los casos peyorativo– la relación entre el concepto “quesadilla” y el predicado “llevar/tener queso”, a saber, como un juicio analítico, es decir, que es verdadero meramente en virtud de su significado. No tenemos que recurrir a la experiencia para corroborarlo; por lo que expresa, se deduce trascendentalmente que la quesadilla debe llevar queso.

Esto suena bastante sólido y lógico. Sin embargo, pronto surgen varias objeciones. La primera, ¿cómo podemos estar tan seguros que “quesa” en “quesadilla” refiere a “queso”? Poder plantear esta pregunta sin ser tomado como objeto de burla presenta un desafío considerable. Resulta obvio que, si hablamos de un platillo gastronómico compuesto por queso y tortilla, y su nombre es “quesadilla”, fue nombrado así precisamente porque lleva queso y tortilla. Así de simple. Pero, a decir verdad, etimológicamente hablando, nadie se ha tomado la molestia de ver de dónde viene realmente el lexema “quesa”. Nadie, hasta la fecha, ha escrito la efectiva historia de la quesadilla (*die wirklichen Historie der Quesadilla*). Cabría preguntarse entonces a qué refieren cada uno de los lexemas de las palabras más ordinarias. ¿El “pla” de “plato” refiere a algo? Obviamente no. Pero supongamos que la hipótesis es correcta y que el lexema “quesa” viene de queso con el fin de llevar la postura hasta sus últimas consecuencias y reducirla al absurdo.

Tenemos por lo tanto “quesa” que refiere a queso y “dilla” que refiere a tortilla, y en conjunto, forman “quesadilla”, en un intento de decir “tortilla con queso” o algo por el estilo (yo

qué sé, sólo expongo la estructura del razonamiento). Pareciera que no nos alejamos mucho de la discusión platónica del *Cratilo*: ¿los entes reciben su nombre por naturaleza o se trata de una mera convención social? A pesar de que nuestra concepción moderna opte sin duda por lo segundo (de manera incluso intuitiva), parece que los defensores de la quesadilla con queso reciben directamente la luz del Sol platónico.<sup>17</sup>

Ensayemos una hipótesis. El lenguaje es un instrumento o herramienta de la cual se apropia el hombre, en tanto sujeto autónomo y racional, para describir y referir fielmente la realidad. Esto quiere decir que no existe error lingüístico; el lenguaje es transparente y sirve para expresar lo que se quiere decir siempre de manera óptima. Pero, ¿no es el lenguaje humano algo más bien defectuoso y contingente? Y segundo, ¿no es el lenguaje algo previo al humano, en sentido ontológico, en tanto que constituye su *bíos*, en oposición a una “nuda” vida? Suficientes sacudidas post-estructuralistas por el momento.

El argumento para defender la idea de que la quesadilla no debe *necesariamente* llevar queso, depende, por lo general, de un contraejemplo. Si aceptamos la tesis “provinciana” de que todo lexema o palabra revela translúcidamente lo que nombra, entonces bastaría un solo ejemplo que no fuera el caso para que toda la postura se venga abajo.

Considérese por un momento el jamoncillo, ese dulce típico de los estados del Norte de México (Nuevo León, Chihuahua, Sonora, Durango, Coahuila, Sinaloa). Si evaluamos “jamoncillo” de la misma manera que se hace con “quesadilla”,

17. Es difícil definir la postura de Platón en la mayoría de los *Diálogos*, por lo cual no afirmamos que esta sea de hecho la suya, sino que, en todo caso, el ateniense llevando a cabo una problematización de ambas posturas.

entonces todo parecería indicar que un jamoncillo debe llevar jamón o que es un dulcecillo de jamón. El jamoncillo es un dulce de leche con canela en forma de barra. Entonces, ¿por qué aquí no provoca la conmoción y la contradicción intuitiva que surge con “quesadilla”? ¿Por qué se piensa que sí es necesario que la quesadilla lleve queso, pero no que el jamoncillo lleve jamón? ¿Cómo explicar esto?

Otro contraejemplo de carácter más general sería el de la manguera. Por el sonido de la palabra podría inferirse que se trata de una señora que vende mangos, o al menos que una manguera tiene algo que ver con mangos, lo cual todos sabemos que no es así. Alguien que no conoce la etimología o el significado de la palabra, podría inferir que “manguera” viene de “mango”. Así como “quesa” en “quesadilla”.

Por lo tanto, a los defensores de la quesadilla con queso les quedan dos opciones: o rechazar su postura de que las palabras o los lexemas refieren claramente a eso que nombran, y por lo tanto aceptar que “quesadilla” no tiene que llevar queso; o asumirla y explicar cómo es posible entonces que haya palabras que contradigan su postura, como jamoncillo, manguera o pan de muerto.

Ahora quisiera considerar una serie de cuestiones aleatorias que tienen que ver con réplicas por parte de los defensores de la quesadilla con queso. Ellos sostienen que, si una quesadilla no lleva queso, es un taco. Pero ¿entonces un taco con queso es una quesadilla? ¿Qué diferencia hay entre una “quesicarne”, por ejemplo, y un taco de carne con queso?

Asimismo, la diferencia entre un taco y un burrito es que el primero va doblado y el segundo enrollado. O quizá tam-

bién influyen los ingredientes. O quizá también si la tortilla es de maíz o de harina, aunque hay tanto tacos en harina como burritos en maíz (el burrito de sal, por ejemplo).

De igual forma, me parece que la confusión proviene del hecho de que son dos tipos de quesadillas los que están en cuestión. Una quesadilla “provinciana” es una tortilla con queso y algún otro ingrediente, preparada, sobre todo, para las carnes asadas. Una quesadilla en la Ciudad de México, en cambio, es una tortilla de maíz hecha a mano rellena de ciertos guisos específicos —huitlacoche, pollo, queso, picadillo, sesos, flor de calabaza, tinga, papa, etc.—. Por lo que constituyen dos experiencias y dos configuraciones gastronómicas distintas, a pesar de portar el mismo nombre.

Así también, en la capital hay una distinción entre nieve y helado: nieve para sabores de agua y helado para sabores de crema, por lo que resulta una contradicción pedir una “nieve de nuez”; en otros estados, en cambio, “nieve” abarca todo tipo de sabores y texturas.

Lo mismo sucede con los esquites y los elotes en vaso. Es sorprendente el análisis de consistencia ontológica que un capitalino es capaz de formular para negar la validez del término “elote en vaso”. Los granos de elote, arguyen, al encontrarse separados del olote y en un vaso, ya no son el elote mismo; devienen otra cosa. Eso sin mencionar que “esquite” proviene del náhuatl *ízquiltl* y bla, bla, bla.

Espero que por medio de estos ejemplos se aprecie la intención de este escrito. Si no es así, la expresaré sin reservas: lo extremadamente ocioso y fútil que es ponerse a discutir cuestiones ontológicas y esencialistas sobre la comida o sobre cualquier cosa en general.



¿En verdad depende del tipo de masa o de la posición de una tortilla para que algo “sea” (en el sentido más fuerte de la palabra) un burrito, un taco, una tostada o una quesadilla? ¿Es verdad que al doblar la tortilla con guisado esta se vuelve un taco y si la enrolla se convierte en un burrito? ¿Todos estos platillos poseen consistencia ontológica independiente de nosotros? Obviamente no, obviamente dependen del lenguaje para que “sean” tal y tal cosa; son meras contingencias a las que se les asignan nombres arbitrarios para poder establecer una comunicación. En todo caso, las palabras y los conceptos no refieren a las cosas, sino más bien a las palabras mismas. Las palabras no pertenecen a las cosas, son sólo etiquetas de las que disponen los humanos para poder hablar de algo y este hablar-de-algo es siempre histórico y comunitario.

Con esto pueden reafirmarse ciertas tesis sobre el lenguaje.

1. El lenguaje no es una herramienta lógica infalible; los nombres no refieren cabalmente a eso que está más allá de ellos. El lenguaje será defectuoso o rico (dependiendo del punto de vista) porque, al igual que el humano, implica contingencia y finitud. Basta presenciar una discusión de pareja o pedir un corte de cabello para entender esto. Por eso, como una vez escuché decir a un profesor, para los lacanianos hay un muro, y este muro es el lenguaje. Paradójicamente, el lenguaje es lo que posibilita e imposibilita nuestra comunicación plena.

2. El lenguaje es social e histórico. Las palabras tienen un origen siempre incierto, sufren cambios, tergiversaciones, interpretaciones, apropiaciones y reapropiaciones de sentido a través del

tiempo; los significados mudan, se desplazan, se actualizan, se dejan de usar. Asimismo, el nombrar no es el trabajo solitario de un *nomothetes*. Al contrario, al estar inmersos en una comunidad, el nombrar es siempre con el vecino. Como reza el estructuralismo, el sujeto no es el punto de partida, hay que darse cuenta de un montón de cosas que operan de fondo y que son previas a éste (el lenguaje, la escritura, el trabajo, la familia, etc.)

3. El lenguaje hace mundo. No es que haya una realidad previa que aguarde ser expresada y descrita por medio de nosotros, y que para esto se haya inventado el lenguaje. Justamente lo contrario, hay mundo porque hay lenguaje. El lenguaje es lo que permite que podamos articular y dar un sentido a la totalidad. De ahí la tan repetida frase de Wittgenstein: “Los límites del lenguaje son los límites de mi mundo” (*Die Grenzen meiner Sprache bedeuten die Grenzen meiner Welt*) o la de Heidegger: “El lenguaje es la casa del ser” (*Die Sprache ist das Haus des Seins*).

4. El lenguaje es una mera convención, lo cual tiene que ver también con la comunidad. El nominalismo extremo de Roscellino en la Edad Media es, por supuesto, polémico. ¿Qué es la justicia, la bondad, la verdad, la belleza? Su respuesta: *flatus vocis* (pedos orales). El lenguaje no es más que esto: artificio, simulacro, representación, fantasma. La justicia, sólo una palabra, tal como lo es “quesadilla”.

En suma, ¿pueden las quesadillas no llevar queso? Sí, dado que no se necesita la aprobación del lenguaje para hacer

cosas. No tenemos que distraernos y perder tiempo valioso de nuestras vidas en discusiones similares –cosa que yo acabo de hacer, de nada– ni tenemos que acudir a la RAE como autoridad, ni cobijarnos detrás de raíces o etimologías prehispánicas. No se trata de que una postura esté correcta y la otra no. Es más, ni siquiera se trata de bien o mal, verdad o falsedad, sino de meros modos de existir y de estar en el mundo.

Ninguna cultura o región se salva de objeciones o de contradicciones en sus términos y expresiones coloquiales. ¿Esto impide que nos comuniquemos y que la vida siga su curso? Por supuesto que no. Veinte millones de personas piden todos los días quesadillas sin queso, aunque esté “mal”, y no pasa nada. De igual modo, todos decimos que “nos colgaron” la llamada, cuando ya la tecnología evolucionó y la acción de colgar el teléfono literalmente ya no existe. O sea, le seguimos diciendo “pluma” al bolígrafo.

El lenguaje articula nuestra existencia. Si no podemos prescindir de él, al menos discutamos sobre temas más interesantes en lo que empieza el segundo tiempo del Cruz Azul-América.



*Manuel M. Ponce*

El terrible hábito de chupar faros —en el sentido de fumar una cierta marca de cigarrillos sin filtro, pero también en el de hallarse constantemente frente al paredón, el hombre ante la muerte— lo lleva a pensar en que lo único que deseaba, por el momento, era ser un viejo pensionado, con cierta independencia e integridad física, de buen aspecto y salud, como esos que pasan las mañanas en los cafés de Coyoacán y de la Narvarte, fumando y bebiendo café, discutiendo apasionadamente de política con los amigos. Siempre aseados, afeitados y vestidos con pulcritud, como si en realidad tuvieran algo muy importante que atender más tarde, pero la realidad es que en su agenda no hay nada y este rato en el café será la actividad más relevante de todo el día.

Le produce nostalgia el olor de los abarrotes y las misceláneas, cantinas con rocolas descompuestas, expendios con logo de Carta Blanca, patios terrosos repletos de latas aplastadas, domingos solitarios con un asador negro y redondo, gnomos de jardín, coches viejos y casas con diseños antiguos, todo aquello que se resiste a morir, que perdura, que se entremezcla entre lo viejo y lo nuevo, lo antiguo y lo novedoso, lo de antaño y lo de hoy. Siempre esa fascinación absurda por aquello que, a pesar de todo, persiste y permanece de alguna forma.

Vaga por calles en las cuales había olvidado estar alguna vez, pero que, de pronto, su memoria trae de vuelta. Un magnetismo inexplicable lo obliga a recorrerlas en el intento de reconstruir un pasado para que, así, la memoria sienta esa ilusión que le reafirma su certeza absoluta. Explora las calles con el escrutinio de un investigador privado, colocándose en distintos ángulos y posiciones para juntar las piezas del recuerdo. De pronto se

demora en una calle que había localizado gracias a un mapa; una calle que pisó hace 1210 días aproximadamente. Intenta recordar los paraderos de hace tres años y medio con nada como recurso más que una nebulosa mental de cocinas económicas, puestos de tortas y de jugos naturales. ¿Qué hacíamos ese día? Buscábamos la taquería de El Negro, claro.

Se mueve por esta calle principal y otras contiguas como desplazándose por corredores y pasadizos secretos, deambulando en ese limbo fronterizo entre Guadalupe Inn y San José Insurgentes, mientras su mente repite de manera copiosa y necesaria: ¿De quién es este cuerpo que hubiéramos amado infinitamente?

Conforme avanza se da cuenta de la futilidad de su tarea. ¿Cómo es posible reconstruir uno por uno los lugares de aquella vez, si la calle y los edificios no son los mismos, ni la estación del año, ni la hora del día, ni tampoco él?

Va por cada calle que se abre a su paso, agotando todas las posibilidades, registrando y comparando imágenes y escenarios distantes. Siente incomodidad al sospechar que la calle que busca esté frente a sus narices y que la pase de largo, al mismo tiempo que va recopilando ciertos datos imprecisos que satisfacen un poco –nada en realidad– este deseo obsesivo.

Todo para llegar finalmente a donde empezó y ver el local de Tortas Esmeralda justo enfrente, seguir derecho por esa calle sin doblar la primera esquina y de pronto observar que ahí está la primaria. Una escuela que hoy (sábado) se encuentra sola, pero que aquel día, a la hora de la salida, miles de padres y coches transitaban para recoger a sus niños que

arrastran su mochila de rueditas o que cargan cartulinas y maquetas. Claro, ahora lo recuerda perfectamente. En efecto, es esta la zona, son estas las calles y corresponden topográficamente al recuerdo evocado. Pero para colmo, tiene razón Heráclito (o Pacheco, qué más da): estoy y no estoy, soy y no soy el mismo. Algo falta.



# *Nostalgia*

*Álvaro Obregón, CDMX*

*19 de mayo de 2020*

Estimado señor Zamora:

Pregunta usted ahora por la nostalgia. Por lo general, la nostalgia se asocia con un estado psicológico en el cual un agente experimenta una añoranza irremediable por momentos del pasado que considera mejores o más felices que los actuales. De igual manera, se piensa que alguien preso de esta condición es un “enfermo nostálgico” que se pierde rememorando tiempos pasados en vez de enfocarse en el presente.

Primero, debe advertirse que la nostalgia no es un simple “mirar hacia atrás” en busca de momentos y escenarios idílicos. Si bien la nostalgia tiende indudablemente a la retrospección, es igualmente cierto que participa de la prospección. La retrospección recorre el pasillo infinito de memorias y recuerdos gratos que ocurrieron alguna vez, pero que, lamentablemente, ya no volverán a repetirse, generando ese anhelo impetuoso por revivir ese instante preciso. El más claro ejemplo es la infancia. Es lo que fue, pero que ya no será.

La prospección, en cambio, apunta hacia situaciones que, en un determinado momento, *podieron* haberse dado, pero que, por alguna razón u otra, nunca llegaron a concretarse. Sin embargo, no por ello se encuentran exentos del sentimiento nostálgico. Un amor de la juventud nunca materializado, quizá. Se trata de lo que pudo ser, pero que no será.

Por último, existe una especie particular de nostalgia

análoga a esta última, pero que es menester distinguir. Comúnmente se experimenta al contemplar ese mundo de espíritus que nos hablan –individuos, costumbres, tradiciones, prácticas, pueblos y épocas ajenas–, elementos con los que nunca hubo contacto directo, pero que, aun así, se tiene la intuición de comprender o de pertenecer de alguna manera a ellos. Curioso que imágenes y sensaciones para las que no hay un referente empírico y personal sean capaces de movernos afectivamente, pero, no obstante, su huella en nosotros es un hecho. El caso más común es la sensación que nos producen los bazares de antigüedades, las películas retro, la vida en otros países, etc. Esto es nostalgia por lo que nunca fue, pero que tampoco será.

De alguna manera, lo que la actividad nostálgica proporciona es una mirada a través de las ventanas de la imaginación, de la temporalidad, de la posibilidad. Es por ello que la nostalgia abarca una amalgama compleja de sentimientos y sensaciones. Nostalgia por momentos y experiencias irremplazables, que fueron y que no volverán a repetirse jamás de la misma forma, de ahí ese irrefrenable anhelo por regresar en el tiempo y vivirlos aunque sólo sea una vez más; nostalgia por situaciones y escenarios que pudieron haberse dado en algún punto del pasado, pero que, por equis o ye, nunca sucedieron, y que por lo tanto no tienen lugar en el presente ni lo tendrán en un futuro; nostalgia por personas que no hemos sido, sitios en los que nunca hemos estado, culturas a las que jamás hemos pertenecido, épocas que no hemos vivido, y aun así... aun así.

La nostalgia es una idea seductora que nunca nos abandona. En algunos casos se le llega incluso a considerar un estado patológico. Si tomamos esta impresión por cierta, ¿qué nos

dice la nostalgia sobre la naturaleza o la tipología psicológica de una persona? ¿Qué pensar de alguien que vive obstinadamente en el pasado, que no le da vuelta a la hoja de ese capítulo ya vivido, que repasa una y otra vez escenarios que acaecieron hace ya mucho, que todo el tiempo está pensado en “lo que pudo haber sido, pero que no fue”, que se pierde queriendo ser cualquier otra persona, pertenecer a cualquier otro país, habitar cualquier otro siglo?

Es fácil hacerse una idea general de la nostalgia, puesto que todo mundo la conoce y la ha experimentado. ¿Pero cómo escribir sobre la nostalgia en sí misma, así como usted me lo pide? ¿Cómo comunicar eso que uno siente cuando la nostalgia se apodera por completo de nosotros? ¿Cómo expresar *mi* nostalgia individual? Francamente, resultaría imposible, por lo que este texto nunca será escrito.

Quizá el único camino que queda consiste en proceder indirectamente por medio de una asociación de recuerdos e imágenes. Evocar, por ejemplo, la remembranza de un casino queapestaba profundamente a cigarro en Grandalia durante los noventa con “99 Luftballons” de fondo, la casa del Erick en la primaria, cuando jugábamos fut en su cochera y veíamos a aquel Barça del 2005-2006 romperla, los Total 90 y ese balón amarillo con morado de la Premier (Nike T90 Aerow II), una de esas noches entre el 2014 y el 2015 manejando de regreso a casa, el AM de los Arctic Monkeys en *loop* como siempre, unas alitas con cerveza mientras veía HIMYM, el olor del jazmín que entra por la ventana cuando empieza el verano, la primera vez cada año que se enciende el aire acondicionado o el calentón, una cena

de sincronizadas y chocomilk, una tarde melancólica paseando como lasallista por la Politécnico, con el uniforme escolar triste y gris como una planicie desolada, Aaron Smith o Breakbot antes de un fin de semana de peda prometedor, April in Paris/Autumn in New York, Mixcoac-Bulldog-Café-y-The-1975, bajar y subir las escaleras del CIT que parecía un salero mientras en la mente resonaba *Angie, when will those clouds all dissappear?*, el sigilo con (\_\_\_\_), parar con un mal sabor de boca y con sueño en el Oscar's de Villa Ahumada para comer unos burritos de deshebrada antes de seguir en carretera, el olor a alfombra y cigarro de la casa del tío Rubén y la tía Lucía (así olía también el Travelodge en el que nos quedábamos); mi tío jugaba a la lotería mientras fumaba un cigarro en el porche, me ponía una película de "couboys" o de guerra, mi tía me daba bizcochos y pintaba figuras de cerámica, alimentaba a sus canarios, ver los Looney Toons tapado y boca abajo con mi abuela cuando se quedaba por un mes en la casa, el día que me compraron un Capitán América (Marvel Legends Series I) en el Alsuper –antes de la remodelación, cuando estaba la fuente amarilla, la cafetería y el Club de Peques–, los platillos grasosos de burrito o torta de lomo del centro, los días productivos empeñando cualquier cosa en el centro para sacar para la peda, el casino, la Champions, la Frikiplaza, las bolas de arroz, el Vivebús, la ruta del Peri, ese día que descargaba música por Mediafire mientras el Cruz Azul rompía una maldición contra el América y yo disfrutaba de una Western Bacon del Carl's Jr, algunas calles de Sevilla o de Granada, alguna cafetería española que algo tenía que ver con el rey Wenceslao, algún festival de tecno en Montreal y el beso de aquella chica que sabía a zanahorias y mota, los Rudy's al princi-

pio cuando estaban chidos, ir con don David después del Kínder y comprar unas papitas sólo por el tazó, gritarle “mermelado” al otro empleado de la tienda (como en el comercial de la tele), una casa de ladrillo anaranjado de Infonavit en mi colonia y la atracción por juguetes ajenos, el aroma del Pedo Magallanes del que participan el David y el Ricky, las primeras mañanas frías de septiembre, no ser la pareja de una de las miles de mujeres que pasean por Coyoacán, no vivir en otra zona de la ciudad, la vida en Reino Unido durante los ochenta, esa noche ebria en la que vociferé “capricornio” mientras Garza me cuidaba en la peda, Neil Young en otoño, la otra casa donde viví dos años, recorrer Plaza del Sol y sentir una extraña sensación de seguridad al ver las películas que pasaban en las teles del Sears, estar revisando la ventana a cada rato cuando un amigo de la primaria venía a jugar, las amigas de mi mamá fumando en el Denny’s, el café Combate del Grandalia, esa vibra misteriosa y antigua que tienen las casas por el Campestre y las familias que viven ahí con sus hijas que se llaman Mariana o Luisa, esas paletas que al final tenían una figura de Marvel y que salían de las chicleras del mol en El Chuco, escuchar la transmisión de la radio en el rancho, el soundtrack del FIFA 07 y los torneos que yo organizaba anotándolo todo en un cuaderno, los goles, los jugadores, los minutos, estadística pura, el olor a polvo, madera, ceniza y los setenta de mi tío Sergio, cuando pasaban comerciales de Ariel con acento venezolano en la tele abierta, el Coporo en la Ortiz Mena, los calendarios mexicanos con mamis coloniales.

Pero esta ruta no es viable. Por eso este texto no sería posible, y, por lo mismo, he tomado la precaución de no escribirlo.

# *Ruptura*

Mucho se ha debatido en torno a ese acontecimiento propio del siglo XIX: la llamada “muerte de Dios”.

Todas las posibilidades hermenéuticas respecto del sentido de esta proposición han sido exploradas de cabo a rabo. De entrada, para todo creyente o persona religiosa la frase denota una mera *contradictio in adiecto*. “Dios, al ser Dios, es inmortal y eterno, por lo que resulta imposible que muera. La persona que pronuncia algo semejante desconoce la verdadera naturaleza de Dios”. En el otro extremo, los ateos o fanáticos de la ciencia lo perciben como una consigna triunfante, por medio de la cual se conquista y se derrota al pensamiento religioso. A pesar de lo equívoco de ambas posturas, todo mundo se muestra interesado en encontrar al verdadero responsable. Los dedos apuntan y señalan en todas direcciones: si fue la declaración atrevida de un bigotón alemán en un libro poco vendido y conocido para su época; si, como él dice, es la consecuencia lógica que estaba presente desde un principio en el cristianismo y en el platonismo, acelerada por la Ilustración, desembocando irremediabilmente en el nihilismo contemporáneo; si, como sugieren sus comentaristas, es una renuncia al pensamiento trascendente sobre el fundamento, sea éste las Ideas platónicas, el *Ens perfectissimum* escolástico, la Razón cartesiana, el Sujeto trascendental kantiano, el Absoluto hegeliano, la Historia, el Progreso, la Ciencia, la Humanidad; si no fue, más bien, efecto del inevitable avance y desarrollo científico-tecnológico, producto de la secularización y del capitalismo moderno; que no es cierto que esté muerto, puesto que la fe permanece intacta y las iglesias y templos siguen igual de llenos que siempre; que por supuesto que la existencia tiene un fin y un sentido últimos.



Sea como sea, sobra decir que en todas estas aproximaciones hay algo de cierto, pero la verdad, como siempre, suele ser mucho más pedestre y mezquina que toda elucubración elaborada con el fin de adornarla.

Dios ha sido simplemente la relación tóxica más larga y duradera que el hombre ha tenido. Su muerte es, por ende, la ruptura de esta relación miserable y dañina para ambas partes, un mero crimen pasional. El hombre y lo sagrado han sostenido una relación codependiente y cansada desde que el primero empezó a andar por la Tierra, basada en un complicado y neurótico sistema de ofrendas, ritos, sacrificios, primicias, ascetismo, entrega, etc. Sin embargo, la relación del hombre con Dios no engloba la totalidad de la relación del hombre con lo sagrado. Se trata de una relación particular, quizá la más pinche de todas.

Consideremos ante todo al hombre, esa criatura extraña que parece sobresalir —para bien o para mal— entre los demás especímenes de la Creación. Se encuentra arrojado en el mundo, abandonado a su suerte, sin explicación de por qué ni para qué. Teme a las fuerzas enigmáticas de la naturaleza y no sabe a qué atribuir las. Por una parte, parece poseer propiedades extraordinarias —el lenguaje, la razón, el entendimiento, el *logos*— por las cuales se presenta como dueño legítimo y amo del universo. Pero, por otra parte, visto más de cerca el asunto, nos encontramos con un ente indefenso, ignorante, incapaz de vivir en el presente, y, contrario a las “bestias”, de satisfacer sus necesidades de manera simple e inmediata. Todo en él es rodeo y perversión, por lo que su existencia resulta sumamente complicada, una bendición y maldición a la vez.

Esta condición particular ha forzado al hombre a requerir, desde siempre, un apoyo, una guía, algo que le permitiera hacer inteligible el mundo y que le otorgara un sentido a su existencia. En pocas palabras, lo llevó a necesitar de un ente, familiar y semejante a él, que le garantizará todo lo que por cuenta propia no podía conseguir, estableciendo una narrativa sobre sí mismo y sobre lo radicalmente Otro. Y así, por vía negativa, el hombre fue depositando en un ente todo lo que él no era. Si el hombre era finito, perecedero, temporal, imperfecto, mortal, limitado y corrupto, entonces este ente debía ser lógica y formalmente todo lo opuesto.

Larga historia de la esquizofrenia. Y aquí entra Dios en escena, llamado para cumplir una tarea que ni le incumbía ni le importaba en lo más mínimo. El hombre obligó a Dios a entrar en esta relación y después suprimió esta coacción originaria, imaginando que fue éste último el que tomó la iniciativa en un principio. De ahí que esta relación problemática se vea atravesada sempiternamente por ambigüedades, súplicas, mentiras, ilusiones y desilusiones, promesas, conflictos, discusiones, peleas. Veinte siglos de relación formal, y pese a las innumerables veces en que el hombre quiso terminar las cosas y reemplazarlo con otros candidatos —el Estado, la Iglesia, la Ciencia, la Humanidad, el Capital, etc.— siempre terminaba volviendo con Él porque, además de que todos sus otros ligues le recordaban demasiado a su ex, ninguno de ellos era lo suficientemente bueno, eran tan sólo una máscara que pretendía llenar el vacío dejado por su ausencia.

Por eso, podemos tan sólo imaginarnos el desenlace y el rompimiento de tan tortuosa relación:

**Hombre:** Estoy *harrrrto* de que me mantengas en secreto y no me reconozcas como el ente privilegiado que *según* soy para ti, el que *supuestamente* creaste a tu imagen y semejanza, para el cual pusiste al resto de la Creación a su servicio para que la nombrara, la dominara y se reprodujera en tu gloria. Me he esforzado un chingo en esta relación, o sea, *no mames*, extendí tu Palabra por todos los continentes, y aunque me decían “amiga, date cuenta, está jugando contigo”, yo les decía “no, es que ustedes no conocen a Dios, Él no es así, no hay pedo, ustedes no lo conocen como yo, Él es diferente y *bla, bla, bla*” y para qué... no más para quedar como pendejo y ser humillado frente a *todes* los demás que no paran de burlarse de mí. Puras pinches promesas vacías, puras mamadas, *neta*, no más me endulzaste el oído y por eso ahora no me puedo salir de esto.

**Dios:** Sí, sí, ya cálmate y ya deja de hacerte la víctima, por favor. Cómo te encanta sentirte el culo del mundo. Desde antes de conocerme llevas victimizándote y culpando a los demás por todo lo malo que te pasa. Deberías mejor tomarte un momentito para pensar en tu chingada esquizofrenia y en por qué no soy el único que quiere huir de ti todo el tiempo, sino que toda otra relación que has entablado termina abandonándote: los animales, las plantas, los ecosistemas, hasta los otros humanos que no son como tú y que consideras de otras “razas”.

**Hombre:** Ay, mejor cállate, compa. Estoy cansado de nunca ser suficiente para ti y no poder hacerte feliz, pero, o sea, *topa*, siempre ha sido así, desde el principio de nuestra relación [...] *ajá*, o sea, en nuestro aniversario hace cuatro siglos todavía seguía creyéndome esa pendejada de “la brecha entre el creador y la criatura es infinita”, por eso me volviste inseguro y fuiste Tú

el que me hizo enloquecer desde un inicio. Todo fue tu culpa porque no sabes hacerte responsable afectivamente de la gente a la que creas y con la que tienes vínculos religiosos. *Neta*, todos los dioses son iguales.

**Dios:** Sí, claro, es bien fácil para ti porque eres el amante y no el amado. Tú no sientes esto como una pinche carga y una pinche obligación en donde uno tiene que estar anclado a las expectativas y deseos que te has formado sobre Mí. Ni siquiera alguien omnipotente puede con esta pinche carga. Yo ni siquiera existo, tú me has creado, no al revés. Estoy cansado de tener que ser el fundamento de tu patética existencia. ¡Aprende a vivir sin Mí, por amor a Mí! No sé, busca ayuda o algo.

**Hombre:** Ah, *va*. Con esto lo dices todo, porque, *sí*, parece que cuando yo no estoy el Señor no tiene ningún pedo y su vida antes de que me creara era color de rosa, parece que todo, los pinches planetas y los astros se alinean cósmicamente para ti. Pero no, ya me di cuenta de que en realidad eres un puto egoísta, al cual no le preocupa el otro ni les otros, ¿y sabes qué?, vales mierda porque los que sí nos interesamos desde el cuidado y los afectos valemos mucho más que tú.

**Dios:** ¿Qué no sabes cuándo dejar las cosas en paz? ¿Por qué siempre tienes que contestar, por qué no simplemente agarras y te vas, como cualquier criatura normal? ¿Qué no sabes que eres tú el que hace este teatro en donde dices que quieres terminar las cosas y no dejas que uno se aleje? Si me quedo, sigo “haciéndote daño” y “manipulándote”; si me voy, es un abandono irresponsable. ¿Quién putas te entiende? ¿Qué es lo que quieres de Mí?

Estoy hasta la madre de tus plegarias, súplicas, oraciones, rezos, libaciones, peticiones. Cada vez que escucho tu voz chillona llegar hasta el más acá se me revuelve el estómago que no tengo. ¿Qué crees que por ser Dios no tengo vida propia? ¿Que quiero estar pegado a ti como pendejo por el resto de la eternidad? No, yo sólo creé el mundo un domingo que andaba crudo. Esta relación es sólo una *pedota* de la cual no he podido despertar, un mal sueño divino, nada más.

Yo nunca te menté, fuiste tú el que se dejó llevar por la prueba ontológica, por el principio de causalidad y de razón suficiente, la gramática y el lenguaje. Yo nunca te pedí que me rindieras culto y entregaras tu existencia a Mí, fuiste tú más bien el que se me metió hasta en la pinche sopa, formándote todas esas chaquetas mentales que ahora ves como una traición. Se llama profecía autocumplida, mijo. Tú te esfuerzas sistemáticamente por que suceda eso que dices que ocurrirá, y después, muy inocente buscas alguien más a quien embarrarle la responsabilidad y condenarlo como culpable.

**Hombre:** ¿Eso quieres? ¿Que esto se acabe? *Va*, pues agárrate de huevos entonces porque todo el universo se va a enterrar de lo culero que eres, así como pasó con Zeus, Buda, Yahvé, Quetzalcóatl, no sé por qué te avientas entonces tu *súper speech* de que no quieres terminar las cosas, de que *supuestamente* yo soy especial para ti y de que querías intentar esto en serio, pero entonces que te *remuerda* la conciencia cabrón, como no puedo vivir sin tí, pues entonces me suicido y con mi muerte acontece la tuya, aunque me sobrevivas.



*Mi corazón paga la renta él solo*

De pronto las cosas parecían estar en orden otra vez. Todo encajaba de nuevo, todo en el lugar que le corresponde. El tabaco recobra el buen sabor, la sensación sarrosa abandona el esmalte dental, la boca deja de sentirse seca, los nervios tranquilos, la digestión ligera, mientras la tarde se recolecta serena en sí misma y el tiempo toma un descanso de su desgastante labor. Curioso pensar que hace apenas unas horas la fatiga en el cuerpo, la cabeza desubicada y el pánico en el pecho instalaron su imperio con la impronta de un dominio eterno.

Pero ahora todo es diferente. Complacido con el arreglo de las cosas, me coloco los audífonos y me recuesto placenteramente en el sillón, dejando la puerta principal del apartamento abierta.

Al cabo de un rato, me percató de una presencia que merodea fuera del departamento de enfrente, separado del mío por apenas cuatro pasos. Sin darle la menor importancia, permanezco imperturbable, plasmado en el sillón pensando que los vecinos regresan por fin después del período más grave de cuarentena. Pronto caigo en cuenta de que son nuevos inquilinos mudándose.

Al parecer, la pareja anterior que rentaba el cuarto no pudo seguir pagando la cuota del piso; víctimas, cada vez más frecuentes, de la crisis económica que la pandemia trajo consigo. Unos entran y otros se van, nada nuevo en mi experiencia como arrendatario. Pareciera que soy el único punto fijo en torno al cual giran toda clase de profesionistas y estudiantes que llegan para irse.

Advertí que era una chica –aproximadamente de mi edad– la que abría la puerta con sencillez e ingresaba en el de-



partamento. En ese momento recordé que, en algún punto del día, la casera y su esposo mostraron el cuarto a unas personas. A pesar de que la relación con la casera era más que afectuosa y cordial, su presencia cerca del departamento me ponía intranquilo. Inevitablemente presentía alguna queja, alguna observación, alguna inconformidad, que, a pesar de no ser expresada directamente, sería delatada por su rostro o por algún comentario casual: una mancha en la pared, el olor a cigarro impregnado en los muebles, las fotografías indecentes de los calendarios, etc.

Receloso de mi privacidad, al escuchar voces y pasos asumí el papel de una presa inmóvil e inerte, haciéndome notar lo menos posible, esperando que con este gesto se infiriera mi deseo de no ser perturbado. Lo mismo solía suceder cuando la vecina de al lado, una señora de la tercera edad, barría el pasillo temprano por las mañanas. A lo largo de tres años esta estrategia había probado ser infalible, pero nunca hay que abusar de la suerte.

En aquella oportunidad no logré distinguir entre las distintas voces que se mezclaban sin parar sosteniendo una conversación banal sobre depósitos, contratos, avales, servicios y demás, y no se me ocurrió que ahí mismo tomaran la decisión de instalarse. Con el fin de evitar cualquier contacto incómodo, resolví cerrar la puerta.

Sin embargo, este acto sólo despertó mi intriga. Alcancé a vislumbrar de espaldas el cuerpo de la chica. Esos brazos delgados como tubos, ese tono rubio de tinte, la expresión de ese semblante blanco...

¿Sería ella? ¿Cuál era la probabilidad de que fuera la misma chica que hace cinco años rentaba otro cuarto enfrente del mío? Después de todo, la idea no era tan descabellada. Am-

bas vecindades estaban en colonias contiguas, estudiaba en un instituto cercano, por lo que era lógico que buscara un cuarto por la zona. Podía ser, no era imposible.

En la vecindad donde rentaba antes vivía una chica en uno de los pisos de abajo. Era alta, blanca, huesuda, de cabello muy largo. Tenía la famosa mirada de “novia loca”, ojos saltones y una sonrisa con la que se le alcanzaban a ver hasta las encías. A pesar de que muy apenas nos conocíamos, ella era sumamente expresiva y sus reacciones siempre me parecían exageradas. Una vez se le quedaron las llaves adentro del apartamento y me pidió ayuda a mí y a un amigo. Tuve que meterme por la ventanita del baño y abrir por dentro. Al salir, ella me recibió con un abrazo efusivo, como si le hubiera salvado la vida. Y a partir de ahí nuestras interacciones consistieron en favores que ella me pedía a cada rato. Que si la podía despertar temprano tocando la ventana de su cuarto o que si tenía cargador para iPhone. Cosas así.

Era de Juchitán, Oaxaca, y estaba muy orgullosa de ello, en realidad estaba muy orgullosa de todo, de su carrera, de su relación, de su familia. Estudiaba derecho y compartía el departamento con un hermano que nunca decía nada y pasaba sin más como una sombra tácita. También tenía un novio, pero por lo que ella me contaba, la relación sonaba bastante aburrida y hasta asfixiante. Duró poco ahí, dos meses, quizás tres. Una noche la escuché discutiendo acaloradamente con el casero afuera en la calle y a la semana se fueron. La última vez que la vi fue meses o años después en una taquería pidiendo una orden para llevar. Ahora que lo pienso no estaba tan mal.

Yo me mudé de ese departamento por una estupidez. Hace dos años, un miércoles por la noche, alrededor de eso de las nueve, me encontraba cenando –como de costumbre– una ensalada de atún con tostadas de nopal y chiles serranos. Alguien tocó la puerta. Esa vecindad contaba con una puerta de metal y una reja, por lo que, para llamar directamente a mi puerta, la persona debía encontrarse ya en el interior del edificio. Tenía que ser o un vecino o alguien a quien un vecino hubiera dejado pasar.

Al abrir la puerta me encontré con una mujer chaparra, flaca, de tez morena, cabello oscuro, de unos treinta años de edad. Hablaba por teléfono y tenía puesta una bata de medicina de la UNAM. Duró como medio minuto profiriendo una algarabía de la cual sólo alcancé a distinguir la palabra “paracetamol”. Sonaba como algo grave y urgente. Mientras pronunciaba el ininteligible discurso, noté que miraba hacia dentro como escaneando mis pertenencias. Cuando terminó de hablar, me pidió cambió para un billete de quinientos. Le dije que no tenía, lo cual era verdad, y, en un gesto extremadamente idiota (pensándolo ahora en retrospectiva) abrí mi billetera y le mostré dos billetes, uno de quinientos y el otro de doscientos. “Sí, está bien, es que es para un taxi y son mil pesos”, me dijo. Me asomé y vi un taxi estacionado en la calle con las luces encendidas. Sin que dejara pasar un segundo, tomó los billetes de mi mano y se marchó. Cerré la puerta y cada minuto que pasaba me sentía más y más intranquilo. Anteriormente la había visto hablando con la vecina de al lado. La vecina estaba entregándole prendas y prendas de ropa, y como era residente en la clínica del seguro, asumí que probablemente se trataba de una colega del hospital

y que le estaba prestando o devolviendo su ropa. Esto había hecho que bajara la guardia al abrirle la puerta y al haber sido tan condescendiente con ella. Cualquiera cosa siempre podía recurrir a la vecina y reclamarle el dinero o preguntarle por ella.

Una hora después salí y toqué la puerta. Le pregunté si su amiga había vuelto. “No, no es mi amiga, yo ni la conozco”. “Ah, es que como vi que le estabas dando ropa y unos tenis”. “Sí, pero yo nunca la había visto antes. Tocó mi puerta y me pidió dinero, pero le dije que acababa de pagar la renta, entonces vio la ropa y los tenis y me los pidió. Se los di con tal de que se fuera, y ahora que recuerdo, me dijo que era tu hermana”. “No mames, yo soy hijo único”. “Verga...”. “Sí...”.

Y así es como llegué a parar a este departamento, por un robo que no fue un robo realmente, sino más bien una estafa, y por la paranoia que le siguió.

---

En ese instante, la intensidad de los compases del segundo movimiento de la “Sinfonía n.º 41” de Mozart acrecentaron mi curiosidad, una curiosidad estrictamente científica. Aprovechando un punto ciego de las cortinas alcanzaba a distinguir, entre botellas de cerveza, vino y aceite de oliva, que la chica iba y venía con una caja o una bolsa al departamento. Un sujeto gordo, chaparro y con cubrebocas la acompañaba muy responsable, ayudándola con la mudanza. Desde aquel ángulo estratégico intenté varias veces identificar el rostro, pero como suele suceder en las películas, cada vez que ella entraba en la mira lo hacía de perfil o de espaldas. Debió de haber hecho unos cuatro recorridos de ida y de vuelta, pero en ninguno de ellos pude determinar si se trataba de la persona en cuestión.

Trajeron la última carga y la vi marcharse, cerrando con determinación el portón negro. Pensé en improvisar una salida repentina a la tienda, pero mejor dejé que la idea expirara.

¿Cuál era la prisa? Si ya había tomado el piso y descargado sus pertenencias, tarde o temprano nos veríamos las caras y la conjetura se corroboraría o no. ¿Pero era sólo eso?

Ironías de la vida... Si era ella, qué joda, el mismo nombre de mi pareja, y bueno, estaba la chica de aquella vez. Una cosa es que te cambien una noche por alguien que se llama igual, pero dos veces... sería el colmo, empezaría a sospechar que las busco sistemáticamente por nombre. ¿Por qué en aquel entonces nunca agarré sus indirectas por mensaje y por qué ahora estaba dispuesto a todo por juntarme con ella? Pero no era así. En realidad, había un mínimo de probabilidad de que fuera ella. En una de las últimas ocasiones descarté la suposición, pero para entonces ya daba igual.

La situación, independientemente de los factores, era la misma: otra oportunidad perdida.

Hoy ha sido la prueba irrefutable, al menos por unos minutos, de que el caos sigue al orden y viceversa. De repente ha llegado esta invasora a perturbarlo todo. Un par de vistazos fue suficiente para que me percatara plenamente de la situación: una mujer bastante atractiva se mudaba al apartamento de enfrente, separado del mío por tan sólo cuatro pasos de distancia, rubia (con tinte), cabello recogido, intrigante, delgada, guapa.

Poco a poco nos veríamos envueltos en una intimidad involuntaria dada la proximidad de los cuartos. Ella me escucharía toser, sacar flema por las mañanas, ir al baño, practicar alemán, cuando pongo discos de jazz o cuando me la jalo. De

igual forma, a mí me tocaría entreoír sus conversaciones, escuchar sus estornudos, sus quejas triviales del día a día, la música (quién sabe qué género) con la que disimula el ruido de gemidos y nalgadas al coger.

Esta impresión, fatídica a la vez que tentadora, producía un desacomodo en el curso natural de las cosas y, no obstante, provocaba en mí un cierto sentimiento de satisfacción.

Era como advertir la movida del adversario durante una partida de ajedrez. Hace dos años, hubiera afrontado la situación estratégicamente, viendo ahí una posible luz al final del túnel, planeando la manera en la que podría librarme y salirme con la mía. Pero no era el caso ya. Ahora sabía que a quienes los dioses quieren destruir, primero los vuelven locos, y que debía padecer de manera trágica este cambio de fortuna.

Igual ni siquiera era esta la cuestión. Quizá ese gordo que ayudaba a la rubia era en realidad su pareja o un familiar, quizá nunca intercambiaríamos más que un saludo cortés entre vecinos, quizá nunca llegaríamos a coincidir en el pasillo de forma relevante —así había sucedido con la pareja anterior—, quizá, por el contexto de la pandemia, nunca podríamos encontrarnos en una situación favorable en la que pudiera sincerarme respecto de mi circunstancia sentimental y buscar algo de complicidad. Pero quizá también sería todo lo opuesto y éste sería precisamente el desenlace de una serie de eventos desafortunados.

A pesar de todo, era gratificante poder ubicar el momento exacto en que, para bien o para mal, la suerte cambió; donde las cosas siguieron tal cual o donde se produjo un giro imprevisto, poniendo todo patas arriba y y desquiciando al tiempo fuera de sus goznes

Durante el resto de esa tarde, el sonido de una pieza musical comenzó a escabullirse por las rejillas de la ventana como venida de un sueño, como el aroma de un platillo recién salido del horno. Mozart.

Alrededor de la medianoche, mientras me disponía a desvestirme para dormir, escuché tres golpes a la puerta. Estaba a punto de girar la perilla cuando recordé el incidente previo que me había traído hasta este departamento. Abrí la puerta y ahí estaba.

—Hola, oye, ¿no tendrás un cigarro?





# *Eleusis*

Esa tarde la ciudad se encontraba bajo el efecto de un filtro amarillento grisáceo, como una gran nube de polvo suspendida. La luz natural aparecía extrañamente transfigurada. Era finales de septiembre, el 19 o el 20, quizás. El agua en la fuente de los coyotes despertó teñida de rojo, como si alguien hubiera vertido sangre por la noche. Un poco más al sur, se producía el mismo fenómeno en otra fuente, sólo que en esta eran los agujeros en las manos extendidas del Tláloc los que escupían chorros rojizos. Las lunas crecientes dibujadas en los mosaicos azules miraban de soslayo con una expresión apacible en su rostro.

Bajas del vagón del metro y saliendo de la estación subes los escalones de la estructura de metal amarillo chillante del puente peatonal. Por debajo corre el flujo de coches a lo largo de los carriles del circuito. A lo lejos se alcanzan a vislumbrar las construcciones de las torres en Reforma. Ya del otro lado de la avenida, tras meterte por unas privadas, descienes cuesta abajo por los peldaños de una barranca. Unos minutos más tarde caminas tranquilo por las calles principales de la zona. Cada vez te asombra más la eficacia infalible del atajo.

Pasas por entradas grafiteadas de edificios residenciales con letreros rojos de EN VENTA, desfilas enfrente de vitrinas con marcos dorados de tiendas departamentales exhibiendo calzado genérico, ropa para bebé, cartulinas verde limón con algún aviso importante escrito con marcador negro, otros negocios cerrados con cortina de seguridad (prohibido estacionarse), teléfonos públicos de Telmex, puestos de lámina GRUAS VACHERON 5515 4441 6046.

Caminas nervioso, de prisa, como si alguien te fuera siguiendo. Entrando en el barrio chino decides refugiarte un rato en

un Vips. Escoges una mesa individual junto a la ventana y pronto te traen un cenicero y una taza de americano. Te dedicas a fumar plácidamente mientras observas a los transeúntes, pero este ocioso ritual no logra despejar tu mente de preocupaciones abstractas que en los últimos años han adquirido una faceta empírica. A partir de un solo error imprevisible, tu vida se ha vuelto un carnaval de inquietudes pedestres y de fantasías lúgubres. Pocos son los momentos en donde encuentras tranquilidad alguna, a sabiendas de que se trata de una sensación pasajera, y de que otra vez volverás a encontrarte con los tormentos familiares de la muerte, el deber, la responsabilidad, la culpa, el pecado, el arrepentimiento, el resentimiento. ¿En qué momento se había puesto todo patas parriba? ¿En qué momento caíste en este enredo que como una bola de nieve rodaba colina abajo haciéndose cada vez más grande e incomprensible? ¿Cuándo regresarían las cosas a la normalidad? ¿Lograrías alguna vez sentirte como antes? Te encuentras ya en ese momento de extrema desesperación donde lo único que se puede esperar es que una solución mágica lo resuelva todo, la ayuda divina de alguna fuerza superior, el milagroso acontecer de regresar en el tiempo o despertar y que todo haya sido sólo un mal sueño.

Presa de la habitual ansiedad y resignación, pides la cuenta y abandonas el lugar. No sabes qué esperar de esa tarde ni de lo que la noche traerá consigo. Afuera, el atardecer ha adquirido tintes purpúreos y crepusculares. Te ajustas la chamarra de piel en el umbral del café y a tus espaldas las luces rojas de neón brillan intensamente y las lámparas de papel con listones negros cuelgan inmóviles del techo. La luna, pasmada en el cielo, tiene el aspecto marciano de un enorme círculo rojo hinchado con venas y protuberancias sobresalientes.

Emprendes el rumbo de manera aleatoria, sabiendo que de cualquier forma darás con el destino. Por eso no importa que atraveses los estrechos corredores de esas calles viejísimas con su arquitectura de tiempos de la Revolución. Los zaguanes y ventanas alargados dan por completo a la calle. Las paredes grises han recibido la intervención estética de grafitis y murales. Las fábricas de ladrillo abandonadas, con sus tejados ingleses y sus umbrales de madera, se plantan monumentalmente cual castillos, extendiendo una invitación al peregrino promedio a adentrarse y recorrer sus recintos.

La noche cae mientras doblas la esquina de ese callejón con piso de tierra, paredes de ladrillo corroídas, botes de basura de lámina y escaleras exteriores que conducen hasta la azotea. Junto a un gran basurero verde se asoma discreto el letrero del tugurio Atenas. Al cadenero no parece importarle en lo más mínimo tu ingreso.

Una vez dentro e instalado cómodamente en la barra con un whisky en la mano, tratas de recordar, a pesar del ritmo frenético de la música, cómo es que te has enterado de este sitio. De seguro un anuncio en el periódico o una recomendación de algún conocido de la facultad. Nunca antes habías venido, pero logras advertir en el aire un sentimiento de celebración impetuosa y necesaria. Pronto viene a tu mente un recuerdo similar. Era la noche de Independencia y te encontrabas a solas en el departamento en el que vivías entonces. Libre de exigencias y de ataduras, azotabas cerveza tras cerveza y prendías un cigarrillo tras otro, mientras escuchabas a Eric Clapton tocar la mejor versión que existe de “Little Wing”. El aire fresco de la noche

prometía libertad absoluta, un sentimiento hasta entonces desconocido, y sentías que la vida se abría por completo delante de ti. Esa vez terminaste cediendo a la invitación de tu compañero de cuarto a salir con sus amigos a festejar en algún bar o antro de una zona pretenciosa. Sin necesidad de entrar en detalles, la situación cortó de tajo la plenitud que habías alcanzado hasta ese momento. ¿Cómo era posible que la alteración de unos mínimos elementos hiciera que uno se sintiera tan distinto? El cigarro, que en la soledad de tu cuarto te había sabido como nunca en la vida, reseca tu boca mientras hacían fila para entrar a un establecimiento nada prometedor. Esa vez sólo fue una decisión torpe y desatinada, sin ninguna consecuencia ulterior. ¿Pero cómo discernir entre un error sin gravedad y uno que termina costando años de vida? Otra vez la burra al trigo.

Como consuelo para estas cavilaciones fatalistas, ves a una muchacha abrirse paso entre las mesas del centro. Es blanca con cabello largo y oscuro, metida en un traje apretado de seda negra que resalta considerablemente las caderas y los senos. El labial de su boca es de un rojo carmesí. Alrededor del cuello cuelga una cinta con la que sostiene la caja de cigarrillos, un oficio que cada vez se ve menos en los bares de ficheras. En su semblante adviertes cierto peligro y malicia felina que te hace pensar en Ava Gardner o en Barbara Nichols. Por su forma tan peculiar es difícil dirimir si la nariz ha sido favorecida quirúrgicamente. Al acercarse a la barra notas que tiene tatuado en el hombro una sirena con los senos de fuera y con la leyenda *Forget me not*.

—¿Cigarrillos?

—¿Tienes Faros?

Te entrega la cajetilla y te devuelve un billete de veinte pesos.

—¿Te gusta chupar faros?

—Tarde o temprano todo mundo chupa faros.

—Qué profundo.

Descansa la caja de cigarros en la barra y se sienta en una de las sillas de al lado, creando así un ángulo recto entre tú y ella. Suelta un suspiro de cansancio y con una seña llama al cantinero.

—¿Quieres algo? ¿Una copa de vino?

—No, gracias.

Resulta extraño que alguien rechace la experiencia del misterio telúrico que ofrece la Madre Tierra, pero prefieres no insistir.

—Bueno, ¿cómo te llamas?

—Eso es un secreto, un secreto que sale caro.

La miras perplejo a los ojos, percatándote del placer que le produce tu confusión. En eso, el cantinero le trae un vaso con una bebida fresca que huele a menta y la llama a resumir sus labores. De golpe unas luces rosas fosforescentes iluminan el lugar en su totalidad, mientras el humo asciende despacio hasta el techo. De pronto se siente un estruendo: *Tropicana is where I lost my heart... Girls, girls, girls...*

—Me toca abrir hoy. Si de verdad quieres conocer el secreto, te veo acabando mi turno, en la calle de al lado.

Cuelga la caja de cigarros alrededor de su cuello, y dándose la vuelta, obedece súbitamente las órdenes del jefe. Pides otro whisky doble y piensas en cómo matar las siguientes tres horas.

Llevas quince minutos esperando recargado sobre un poste de luz con un faro en la boca. Una parte de ti es consciente de la improbabilidad de que ella aparezca, una broma fácil, el engaño de unos ojos vivaces. Pero, al mismo tiempo, no ves si-

quiera el sentido de una burla semejante. En ese momento se asoma, girando su cuerpo al doblar la esquina de la calle. Su ropa es distinta a la del bar, lleva puesta una vestimenta que parece más bien de luto.

—¿Dónde es el velorio o qué?

—Qué chistoso eres, en serio.

—Bueno, ¿a dónde entonces?

—Primero hay que cumplir con los ritos preliminares de purificación, los secretos menores, para que puedas ser iniciado debidamente.

Te toma de la mano y empiezan a caminar por las calles de la zona, calles que ella ubica mucho mejor que tú. De alguna forma, que hasta la fecha te resulta incomprensible, llegan a Ejército Nacional, y de ahí empiezan a bajar por Platón, cruzan Homero, y siguen hasta dar con una cerrada, en la cual se cambian a Sócrates para tomar Campos Elíseos. Recorren la avenida en diagonal hasta llegar a Reforma. De noche, Chapultepec tiene un aspecto muy distinto. Despojados de las familias que traen a sus hijos al zoológico y de los vendedores de aguas frescas y de pulseras, el bosque recobra su aura sigilosa e inmóvil. A la altura del acceso al lago se detienen bruscamente. Mientras tu reparas en el Tláloc del Museo de Antropología al otro lado de la calle, ella comienza a trepar los barrotes.

—¿Qué te pasa? ¿Qué haces?

—No pasa nada, tenemos que seguir por aquí.

Miras de reojo que no haya policías alrededor y escalas lo más de prisa que puedes. Al principio prosiguen en silencio por las orillas del lago, luego bajan al embarcadero de las lanchas. Ella empieza a lavar sus brazos y su cara con el agua sucia

del lago y después hace lo mismo contigo. A pesar del asco, su rigurosidad hace que no te opongas. Reanudan el trayecto. A la mitad del recorrido, te das cuenta de que donde termina el trecho se dirige una procesión hacia la Casa del Lago. Un enorme grupo de unas cien personas perfilan las espaldas del lago sin producir ningún ruido, llevando antorchas y vasijas de cerámica en la cabeza. Conforme se aproximan alcanzas a distinguir que las mujeres cargan unas canastas entre las manos y portan ramas de mirto y espigas de trigo en el cabello. Observas el desfile asombrado, mientras que ella ni siquiera dirige su mirada al espectáculo. Cuando llega a la Casa del Lago, la multitud enciende una fogata y, cual ménades o coribantes, comienzan a bailar en delirio alrededor de un pozo junto al que está plantada una higuera silvestre. El fuego de las antorchas y de la fogata ilumina las riberas del lago, y el ritmo de unos tambores empieza a aturdir tus oídos, acompañado de unos gritos que vociferan “¡Yaco, Yaco!”.

Ella sigue errante, inmutable en su vagabundeo lunar. Cuando la procesión ya no es visible ni audible la increpas.

—¿Viste eso?

—¿Qué cosa?

—Pues eso, la procesión, las personas con las antorchas y las vasijas, el baile alrededor de la fogata, los tambores...

—¿De qué hablas?

Parece como si genuinamente no se hubiera percatado de nada. Salen de nuevo escalando por la Puerta de los Leones. La Estela de Luz se erige como un gran falo delante de tus ojos. En eso ella tropieza y de su bolso ruedan varios objetos, entre



ellos un dildo con forma de serpiente.

—¿Y esto para qué es? —preguntas bromeando.

—Es la *cesta mystica* —responde indignada señalando el bolso. Contiene objetos sagrados, como las canastas de las mujeres en el lago.

—Ah, entonces sí las viste.

—Sí, en las orillas del Iliso.

—Ah...

—Tengo hambre. Vamos a cenar algo.

Siguen por Reforma y pasan la fuente de La Diana. El agua ensangrentada, fruto de las cacerías de la divinidad, se estanca creando el efecto de un abismo sin fin. Dan vuelta en el Ángel y entran a la Zona Rosa. A excepción de la calle Génova, la ciudad parece desierta como sucede en época de vacaciones. En la esquina de Londres y Niza paran por unos tacos.

Mientras miran el menú ella profiere, como si recordara algo de repente:

—De niña me raptaron mientras recogía flores en Nisa.

No sabes qué responder. Por suerte ella parece olvidarlo tan pronto como lo dice.

El mesero toma la orden y regresa rápidamente con las bebidas. Ella ha pedido un agua de pepino con menta y tú una cerveza. Mientras preparan la cena, tu mente se detiene absorta en el trompo de pastor. El taquero se apoya con una tortilla en la palma de la mano mientras que con la otra taja con fineza los cortes de carne. Con una sola incisión rebana la piña que se encuentra sobre la cabeza del trompo, atrapando con gracia la rodaja que cae inerte sobre el taco. El cilantro y la cebolla picada son esparcidas en proporciones generosas con

la mano, cubriendo el plato como una alfombra. La mezcla de lomo y pecho de cerdo ha sido marinada en salsa de adobo, antes de ser ensartada meticulosamente en el pico del trompo. La misma carne debe provenir de algún rastro de la ciudad, donde el cerdo ha sido enganchado de la mandíbula, sujetado con cuerdas, aturdido y herido hasta morir, salpicando las paredes con sangre, la cual es luego juntada en cubetas. Eso si no habían sido hervidos vivos.

Esta cena es, por lo tanto, una recreación simbólica de ese primer asesinato. Los cortes del taquero replican en otra temporalidad las sajaduras, cesuras y hendiduras del carnicero. Si aguzas los sentidos, alcanzas a escuchar el eco imperceptible del cerdo chillando en agonía. El cerdo toma tu lugar, muere por ti para que tengas noticia de la muerte, de aquello que constituye el límite de toda experiencia. ¿Sería ese el secreto? ¿Proyectarte en la muerte del cerdo para tener una vaga idea de eso por lo que tendrás que pasar, pero de lo cual no te enterarás en lo absoluto? ¿Ver tu muerte a través de la muerte del cerdo?

—Estuvieron buenos los tacos.

—El olor de las primicias siempre es grato a los dioses  
—contesta.

Siguen derecho por la misma calle, cruzan Insurgentes y luego Avenida Chapultepec. La Plaza Río de Janeiro los recibe con la mirada intensa e inquietante del David. La amplia fuente que se extiende ovaladamente a sus pies está llena de agua turbia y sangrienta que añade a los ojos de la estatua un tono de severidad. A la izquierda, el frente de la Casa de las Brujas brota por encima de las copas altas de los árboles, reparando fijamente sobre la plaza con su sombrero puntiagudo, sus ojos inexpresivos y su boca macabra de ventanas.

En la esquina de Durango y Frontera se plantan de golpe frente a un edificio habitacional. En el frontispicio está escrito el nombre Eleusis. Ella busca con tranquilidad las llaves en su bolso y abre la puerta. El vestíbulo es muy antiguo, decorado en ese estilo *art nouveau* de principios de siglo. Hay unos sillones viejos de rayas, unos floreros llenos de polvo y unos cuantos cuadros colgados en la pared. El lugar se ve francamente deshabitado. Suben las escaleras en zigzag hasta llegar a una puerta blanca con números dorados. 311.

Al ingresar, el departamento tiene el aspecto solemne de un santuario o de un templo. Consta de una sola habitación sostenida por dos columnas corintias. Ante la falta de luz eléctrica, ella enciende velas e inciensos. El fuego y el humo pueblan lentamente la pieza. Sobre las paredes logras advertir una colección de máscaras antiguas, trágicas y cómicas, idénticas a las que los actores griegos colocaban sobre sus rostros antes de encarnar la divinidad que interpretarían durante el drama. Ella se apresura a la cocina y comienza a preparar unas bebidas que trae en dos copas que más bien parecen cálices.

—Toma.

—¿Qué es esto?

—Agua, menta y cebada. Para la sed.

—¿No tienes whisky o algo así?

Ella ignora el comentario. Estás por darle unos tragos al vaso cuando ella se interpone.

—Hay que realizar las libaciones primero.

Comienza a suscitar una especie de invocaciones o encantaciones que suenan a hechizo. La miras de manera suspicaz hasta que de pronto se produce un ruido estrepitoso que sacude cada fibra de tus nervios, como si alguien hubiera sonado un

gong o como si un relámpago hubiera tronado en el cielo. Te asomas discretamente por la ventana para corroborar que, en efecto, no está lloviendo.

Algo sobresaltado, te recuestas en los cojines del sillón bajo. Al lado está un librero repleto de atrap sueños, botellas con líquidos sin etiquetas, figurillas de cerámica y reptiles disecados. Sin que te des cuenta ella viene y se sienta a tu lado. Conforme vas bebiendo te empiezas a sentir bajo los efectos del LSD, pero no, es algo más...

—Está fuerte esta madre.

Ella pone sus brazos alrededor de tu cuello y pasa sus manos suavemente por tu cara. Examina tu reacción con la meticulosidad de un médico frente a la cama del paciente, la serenidad de sus luceros petrifica tu mirada dejándote helado.

—¿Qué pasa? ¿Ya no recuerdas? Es el mismo lugar donde grabaron el álbum. ¿Ya olvidaste ese verano en la costa? ¿El sol, la playa, la espuma de las olas, las palmeras, las colinas? ¿Ya no perfilan en tu memoria los lugares en los que nos parábamos a comer? ¿Las filas de personas formadas para comprar boletos? ¿No reconoces los rostros de los jóvenes que gritaban y te aclamaban durante el set? ¿O cuando firmabas autógrafos en pleno calor, con las gafas de sol puestas y tu chamarra de cuero, bromeando amistosamente con todos? En los corredores, estos corredores blancos de laboratorio con líneas negras y tuberías, nos cruzábamos. Yo me frotaba en las paredes, produciendo un simulacro de sombras exclusivamente para ti.

En ese momento la recuerdas vestida con el traje negro de una sola pieza, los tacones cerrados de gamuza y los guantes

negros. La ves ahora superpuesta a ese atuendo como si fuese una aparición. La sientes pasar ese guante negro por tu entrepierna, como lo hacía antes al jugar con la palanca del convertible. En ese entonces, ella se recostaba y se retorció sin cesar en la cama roja del estudio como poseída, luego daban largos paseos, con el convertible corriendo a toda velocidad en la autopista, su cabello soplando en el viento...

Poseído por los recuerdos que discurrían ante ti en ese extraño filtro amarillo-grisáceo, ves de nuevo la procesión que marchaba esa noche en el lago. Ella te ayuda a levantarte y te conduce hasta la cama, en donde empieza lentamente a quitarse la ropa en una especie de coreografía fantasmagórica. El acto sexual (los) inicia. Tu cabeza gira en espiral y empiezas a perder la consciencia y el conocimiento. Su boca sabe a granada. Durante la penetración, la imagen de un grano de trigo se te presenta de manera clara y vívida. Presientes distintamente el enigma de la fertilidad, la continuidad entre la vida y la muerte, el principio y el fin, el alfa y el omega. Te sobreviene una sensación inmensa y sobrecogedora de bienaventuranza. Todas las preocupaciones, las angustias que te consumían se esfuman, develando su nula importancia.

De frente y encima, mientras ella gime viéndote directo a los ojos, pegándote hacia ella y retorciéndose, experimentas una sensación de vértigo incontrolable. Unos cuantos momentos después, culminas al contemplar la visión final y suprema de todo, sintiendo una beatitud y una plenitud inexpresables. Todo tiene sentido ahora. El misterio había revelado el secreto y el secreto había producido un asombro tal que ante lo inefable sólo quedaba guardar silencio. Exhausto, caes precipitadamente en la cama y te desmayas.

A la mañana siguiente despiertas sin mucho recuerdo de lo sucedido la noche anterior. Apartas la cobija sólo para descubrir la otra mitad vacía. Al levantarte y recorrer el departamento descubres una torre de vasos rojos de peda que alguien ha derribado, ceniceros hasta el tope de colillas, el piso pegajoso de tanto licor derramado. Como si hubiera habido una fiesta. Sin despertar por completo todavía, te diriges al hueco abandonado de la cama. Junto a unas cuantas manchas de sangre encuentras una nota. “Me regreso a León con mi madre”. Anexado al mensaje viene un separador de libros: “Baila como si nadie estuviera viendo”.

No te es permitido revelar el secreto (\_\_\_\_´) que tuviste la suerte de experimentar íntimamente esa noche; un juramento bajo ley te lo prohíbe. Pero ahora sabes lo que te espera.

¡Pobre de aquel que no haya sido iniciado en los misterios eleusinos!

*HST*

Antes de convertirme en este estudiante mediocre de filosofía, mi vida tenía un poco de sentido gracias a la literatura. Uno de los autores que dejó una fuerte impresión en mí fue Hunter S. Thompson, aunque debo admitir que fue más por su figura pública que por su periodismo gonzo. Frecuentaba mucho una página de internet que lamentablemente ya no existe: *alternativereel.com*, *quietly redefining the Internet*. Ahí había artículos y listas de películas, contracultura, literatura, música, programas de televisión. Recuerdo que una entrada recopilaba las diez frases más memorables de Hunter S. Thompson. Me detenía, sobre todo, en la número dos:

*My concept of Death for a long time was to come down that mountain road at 120 and just keep going straight right there, burst out through the barrier and hang out above all that... and there I'd be, sitting in the front seat, stark naked, with a case of whiskey next to me and a case of dynamite in the trunk... honking the horn, and the lights on, and just sit there in space for an instant, a human bomb, and fall down into that mess of Steel mills. It'd be a tremendous goddam explosion. No pain. No one would get hurt. I'm pretty sure, unless they've changed the highway, that launching place is still there. As soon as I get home, I ought to take the drive just to check it out. (St. Petersburg Times, Feb 22, 2005).*

En ese entonces, me parecía fascinante y liberadora la idea de hacerle frente a la muerte, de reírme en su cara. Pensar que se podía hacer de dicha experiencia una última afirmación de la vida, de alguna manera suprimía el miedo de morir e incluso actuaba como un incentivo para vivir al extremo. En la imagen descrita por Thompson se aprecia claramente ese gesto de un instante colmado de inmortalidad, en donde se resume y se



reitera la vida que ha llevado el escritor hasta las últimas consecuencias. Varias veces llegué a considerarlo yo mismo como una opción viable cuando llegara el momento. ¿Habría una mejor manera de irse de este mundo?

Sin embargo, hoy, años después, logro ver algo que en ese entonces había escapado mi vista por completo. Hunter S. Thompson se quitó la vida dos días antes de que apareciera esta cita en el *St. Petersburg Times*, por lo que desconozco, con certeza, la fecha exacta en la que dijo todo esto. Porque así no fue la muerte de Hunter. Se disparó en la cabeza, dejando una nota suicida titulada “Football season is over”.

*No More Games. No More Bombs. No More Walking. No More Fun. No More Swimming. 67. That is 17 years past 50. 17 more than I needed or wanted. Boring. I am always bitchy. No Fun – for anybody. 67. You are getting Greedy. Act your (old) age. Relax – This won't hurt.*

Su muerte y la nota que dejó no tienen nada que ver con aquella cita que aparecía en el diario. A sus sesenta y siete años, Hunter S. Thompson batallaba con problemas de salud física y mental, depresión, adicción. Para el escritor que vivió cada día al límite, como un puto tren bala, lo único que realmente necesitaba era una temporada más.

Resulta difícil aceptar que, aunque nosotros hagamos nuestra propia narrativa personal e intentemos vivir nuestra vida como una obra de arte, es la muerte quien tiene la última palabra y que, a veces, la realidad pesa más que la ficción.



## *Devenir Escritor*

Nadie sabe bien a bien por qué llega a estudiar la carrera que elige. El que proporciona una justificación más o menos coherente o racional está mintiendo con toda la boca o ha pasado demasiado tiempo en la ducha ensayando una respuesta que complazca a todos. Hay casos en los que alguien llega a la carrera de filosofía sin haber leído una sola obra “filosófica”, ya sea por la creencia errónea de que ser un profesor de filosofía resulta una profesión más rentable, rigurosa y seria que la de un mero escritor; ya sea por la lectura de un comic digital de divulgación filosófica; o bien por la certeza de que eso de la geología –hacer pastelitos con lodo y vender los recursos naturales del país a Canadá y a los Estados Unidos– no es lo tuyo.

Pero estas vagas intuiciones conducen a la elección más atinada que has tomado. Decides dejarlo todo: carrera, escuela, ciudad, familia, amigos, todo por intentar quedar en la Universidad Nacional. Te mudas a la capital y esos primeros seis meses son los días más felices de tu vida. Pero, casi inmediatamente después, como tenía que pasar, todo se viene cuesta abajo. Consideras imposible que días como esos se repitan.

Poco a poco la carrera te va absorbiendo, volviéndote más responsable y atento respecto de lo que se espera de un estudiante serio de filosofía, a saber, de alguien que aspira ser un académico o un intelectual que da ponencias, escribe y coordina libros, asiste a coloquios, publica *papers*, desempeña algún puesto directivo, vive de becas de investigación, visita y hace estancias en otros países, mantiene relaciones laborales con colegas, directivos y alumnos. Puta, ser filósofo es exactamente lo mismo que un godín preocupado por la pregunta que interroga por el sentido del ser. A un año de terminar los estudios, tendrás un librero

repleto de libros de los cuales no has leído ni la mitad, un buen promedio de calificaciones, un tema de tesis, y unas cuantas ponencias presentadas en varias ciudades de la república.

Sería injusto renegar de todo lo aprendido en estos cuatro años, de lo que la filosofía como disciplina te ha dado para pensar, de las experiencias vividas y cómo estas transforman constantemente lo que uno es y cómo ve las cosas. Claro que todo cansa. Las rutinas, los trabajos, las lecturas, los horarios bien establecidos. Pero bueno, no te puedes quejar de haber tenido el privilegio de estudiar algo que en verdad te apasiona y que, probablemente, en un futuro te dé para vivir de ello. Pero, hombre, ¿y si uno en realidad nunca sabe lo que quiere? Nada más difícil de aprehender que el deseo mismo.

Hoy, por circunstancias étlicas, revisas ciertos temas que tienen que ver con esos autores que te formaron durante la adolescencia. La vida de Kerouac, sus lemas, el epitafio de su tumba, los autores americanos que lo influenciaron (Wolfe, Whitman, Twain, Melville, London), sus experiencias durante la guerra, su idea de obra a partir del alter ego Duluoz y el proyecto proustiano de remembranza, el renacimiento poético en San Francisco, sus términos de prosa espontánea, beatitud, manía, frenesí, sus oficios como ferrocarrilero, jugador de futbol americano, vaquero, la influencia que tuvo en Morrison, Manzarek, Waits, Hunter S. Thompson, Bowie, Ken Kesey, Janis Joplin, escribiendo *Dr. Sax* en México, pacheco hasta el huevo, acabando un capítulo cada vez que Burroughs abría la puerta de su habitación, la Navidad en que regresó a casa de su madre para ver televisión, beber cerveza y escribir *Maggie Cassidy* pensando en lo que hubiera sido, su muerte alcoholizado frente al televisor.

William Burroughs, el Hombre Invisible, el padrino del Punk, el Elvis de las letras americanas, inspirado en Beckett, Celine, DeQuincey, Joyce, Kafka, Spengler; barista, investigador privado, exterminador, heroinómano, escritor, influencia de Lou Reed, Joe Strummer, Iggy Pop, Patti Smith, Debbie Harry, Kurt Cobain, asesino involuntario de su esposa, muerta en la calle Monterrey de la colonia Roma en una iteración del William Tell que acabó mal, experto en historiografía náhuatl, códices maya, técnica de escritura “cut-up”, surrealismo, energía orgónica, la semántica de Korzbski, cienciaficción, CIA, rituales egipcios funerarios, gatos.

Pero lo verdaderamente crucial reside en esta cita de Henry Miller, que uno lee como algo de lo que es mejor no enterarse:

Te digo, lo que les falta a los chicos hoy en día es conflicto. Si piensan que los voy a apoyar por producir grandes obras de arte, entonces no han entendido el punto de mi obra, de mi vida. En el proceso de convertirse en un escritor o un artista uno tiene que estar dispuesto a morirse de hambre. El conflicto es la experiencia invaluable por antonomasia. El sufrimiento parece ser el destino inevitable de los tipos con sensibilidad creativa. Pobreza, enfermedad, muerte, amoríos sin correspondencia y desilusiones de todo tipo alumbran la llama del espíritu artístico. Las grandes obras de arte no fueron creadas por muchachos consentidos; nacieron, en su mayor parte, de un sentimiento de desesperación, y si no, al menos de mucha entrega y trabajo. Eventualmente, el artista aprende el arte de la transformación.

Berga. Exactamente como la última escena de la adaptación noruega de *Factotum*, protagonizada por Matt Dillon y musicalizada por el Tord Gustavsen Trio. *Si lo vas a intentar, ve hasta el final. Si no, ¿para qué? Tal vez pierdas novias, esposas, familia, trabajo, y hasta la choya, tal vez no comas tres o cuatro días o te congeles las nalgas en la banca de un parque, tal vez vayas a dar a la cárcel, seas el hazmerreír de todos y termines por aislarte sin opción. El aislamiento es el premio, todo lo demás son pruebas de qué tanto quieres hacerlo en realidad, y lo harás, a pesar del rechazo y de las ínfimas posibilidades y será mejor que cualquier cosa que puedas imaginar, no hay sensación igual, estarás a solas con los dioses y las noches irradiarán en llamas, conducirás las riendas de la vida hacia la risa perfecta... es lo único por lo que vale la pena luchar. Algo así más o menos.*

Lo único que se necesita es una idea verdadera, dedicarse a ella enteramente y mandar todo lo demás a paseo: dinero, deudas, bienestar, felicidad, amor, salud, enfermedad, amigos, fiestas, moral, consecuencias, dieta, muerte, pasado y futuro. Como decía Descartes a propósito de Arquímedes, un solo punto fijo es necesario para mover el mundo. *Una sola cosa es necesaria...*

Por eso piensas en un cuarto de la calle Pino con un patio terroso cubierto de piedras, un asador negro, unos cortes y unas cervezas en domingo, y en tirar los dados una vez más, antes de que sea demasiado pinche tarde.





*Norte*

—Llegó el momento de hacer una pausa y darse cuenta plenamente de todo lo acontecido hasta ahora.

“¿*Qué putas hago aquí?*”, piensa mientras escucha la serie-  
dad con la que el extraño profiere esta frase, al mismo tiempo  
que eructa y pide con esfuerzo y determinación otra cerveza.

Todo empezó porque sabía lo que le esperaba al volver a casa. Otra miserable tarde pegado al monitor de la computadora, revisando a cada minuto la llegada de una notificación, ocupado en la estresante y mecánica tarea de responder y contestar mensajes hasta que lograra —tarea imposible— que la otra persona decidiera dejarlo en paz. Más de cuatro años hablando a diario con el mismo ente las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. No lograba comprender cómo ella no se retorció al pensarlo. Era impresionante y excesiva la cantidad de información —en su mayoría irrelevante— intercambiada entre los dos. ¿Cómo no terminar inevitablemente por aburrirse y fastidiarse? ¿No sería inhumano exigir o esperar que el otro no lo hiciera?

El único objetivo, por lo tanto, era no regresar a casa. Cualquier cosa era mejor que estar encerrado en ese cuarto, pegado sudorosamente a una silla, anticipando y planeando la respuesta a una discusión absurda que terminaría, después de muchos rodeos tortuosos e innecesarios, como siempre. Nada podía ser peor que tolerar, una vez más, ese pinche suplicio, tan mezquino, tan pedestre, tan jodido.

El Balalaika es una cantina de bajo perfil ubicada en aquella zona clasemedierabaja que la gente suele transitar rum-

bo al aeropuerto o al tiradero llamado tianguis que se instala los jueves. El establecimiento prescinde de cualquier referencia espectacular como letrero, horario, publicidad, página en redes sociales. Su fachada es la de una casa normal, como las demás de la colonia. Sin conocimiento previo, uno jamás alcanzaría a sospechar que este recinto opera como punto de reunión para los señores de barrios aledaños. Por las tardes, los comensales —distribuidos a lo largo de la estrecha barra, con apenas siete sillas disponibles— asisten ceremoniosamente para disfrutar de algún juego de béisbol, mientras beben cerveza o whisky con agua mineral.

En lugares como éste, son los mismos siete borrachos los que llegan cada día a la hora exacta, saludan cordial y fraternalmente de mano a cada uno de los “estimados” y proceden a pedir al cantinero —que soporta con resignación y pasividad su sempiterno oficio— el mismo licor o la misma marca de cerveza que llevan tomando desde el ‘87. Mismo lugar, misma gente, mismos tragos, mismas pláticas, mismas preocupaciones y anécdotas absurdas que no van a ningún lugar.

La decoración de la cantina, como la de muchas otras, consta de una colección barroca de latas y botellas de cervezas viejas, medallas y trofeos deportivos, posters gringos que ofrecen recompensa por Pancho Villa (*Wanted Dead or Alive*) y cuadros de cacería colgados en la pared. Podría decirse que el encanto distintivo del lugar radica en la sensación de intimidad proporcionada por los clientes, sus precios bajos, la decoración típicamente nortea y la accesibilidad a todos los partidos de béisbol (locales e internacionales) acompañados, por supuesto, de un análisis crítico y un comentario sesudo. En materia musical se escucha lo que al cantinero le plazca

poner por sus huevos, todo desde Antonio Aguilar hasta Marc Anthony, pasando por Metal Church y Queensrÿche.

Esa tarde, al cruzar las sagradas puertas de la cantina, su presencia disturbó, de alguna manera, la tranquilidad y cotidianeidad habituales del establecimiento. Primero, la edad –muy por debajo de la media– extrañó a los Señores (*die Herren*). Segundo, la falta al código de cortesía que demandaba el saludo de mano a todos los ahí presentes, costumbre fuera de uso y ajena a los modos de la juventud.

Optó por el último asiento del extremo izquierdo, dejando un hueco entre su persona y los otros tres Señores, lo cual sólo acentuó la diferencia entre naturalezas y tipologías psicológicas. Pidió un par de cervezas mientras su mirada se perdía en los videos musicales de los ochenta que se proyectaban en la pantalla. Pese a todo, su inquietante apariencia no había logrado constituir una amenaza significativa para aquel grupo de hombres recelosos de su privacidad y anonimato. La Otredad, si bien extraña, era, con todo, tolerable. Sobra decir que la presencia femenina en el lugar era nula hasta el grado de especular que ninguna mujer jamás había puesto un pie dentro del perímetro. A pesar de que la antigua ley que dictaba la exclusión de mujeres y uniformados de las cantinas ya no era vigente, los Señores y el resto de la sociedad mantenían dicho pacto de forma tácita. Las mujeres se relegaban a sí mismas a vender ropa usada y antigüedades afuera en el tianguis, considerando como señal de una naturaleza corrupta el que una de su sexo fuera vista frecuentando lugares como éste para su propio vicio o recreación. Esa tarea quedaba reservada únicamente para ciertos hombres con canas y dentaduras postizas.

En lo que se entretenía con estas observaciones etnográficas, un personaje distinguible atravesó el umbral. Bigotón, sombrero rudo, con la panza colgándole de la hebilla. Parecía un doble de Julián Garza. A diferencia de los demás clientes, el hombre se abstuvo de saludar de mano y se instaló apartado de ellos en el último banco junto a él, creando un abismo entre los dos bandos. El mesero lo increpó inmediatamente, como dictaba su deber:

—Bueas tardes, ¿q'a querer?

—No, pos qu'estará ueno, no sé... po'una cervecita.

—¿De cuál?

—De la que sea, de la qu'aya.

—No, p'usté díame.

—Una cerveza, de la que sea.

—No, pos díame usted.

—Pos que será... pos una pico de oro, pero qu'esté sudando así 'ien cashonda, bien elodia.

El cantinero abrió con una mano la hielera que se encontraba debajo de la barra y produjo con la otra una cerveza. Sosteniéndola como si tuviera un ave entre las manos, la limpió con un trapo y se la dio al hombre, no sin antes destaparla.

—Ahí le va.

—Ándele, muchas gracias.

El cantinero estaba por girarse para resumir su ocioso trabajo de supervisar a la demás clientela cuando el hombre lo interpeló de nuevo.

—Oiga.

—Díame.

—¿Y no tendrá una botanilla o algo?

—¿Cómo qué, oiga?

—Pos no sé, así unos cacahuatillos o unas papitas, una carnita seca.

—Papas tengo.

—Ándele, unas papitas ta ‘ien entonces.

—¿Preparadas?

—Sí, sí, así como vienen, con salsa y con to’o.

El hombre esperó con nerviosismo a que el cantinero preparara la orden. Cuando el platillo fue colocado sobre la barra, le agradeció llevándose una papa a la boca. Las papas de bolsa estaban bañadas en una cantidad excesiva de salsa picante genérica, jugo maggi y limón. Prontamente, él también fue solicitado por el extraño.

—Ayay papas, por si gusta ‘garrar.

—Sí, muchas gracias.

—Ándele, ‘garre.

El hombre no apartó su vista de su rostro, lo cual lo indujo a creer que la sugerencia era en realidad un imperativo, por lo que accedió ante la indicación y agarró una papa. Sin saberlo, con este acto había sellado su destino por el resto de la tarde.

—¿Tan guenas, no?

—Muy buenas.

—Sí... nomás que y’orita ‘engo de incógnito.

—¿Ah sí? ¿Y eso?

—Sí... es que me corrieron de aquí hace unas semanas, por eso ora no ando ‘ciendo borlote— le dijo llevándose el dedo índice a la boca en un gesto ridículo que demostraba su nula capacidad estratégica.

—No me diga.

—Ey, esque tue una bronquilla ahí con alguien y me sacaron, por eso veng’ora tranquilón.

—No, pos ta bien.

—Ey...

Con esto pensó (erróneamente) que la conversación había alcanzado su desenlace natural.

—Yo vi'o aquí a la vuelta, unas tres calles pallá.

—¿Sí?... Órale...

—Ey, ahí vivo yo solo. No más qu'está cabrón así, le da 'uno por pensar en la soguita... pero no'as me vengo pacá y con una cervecita se me pasa. ¿Tú qué haces o qué? Yo trabajo cargando costales, unos de hasta 100, 150 kilos. Por ejemplo, tú no podrías. ¿Cuánto pesas?

—Setenta y cinco.

—Sí, no pos no, te digo. Mi shavillo vivía conmigo... Se m'ace que ha de ser como de tu edad. Ih... No más que le dio por andar en eso de las drogas y hasta tuve que sacar feria vendiendo tamales pa pagarles a los del centro de rehabilitación. Yo los hacía, los tamales. Ya salió, sí, gracias a 'ios, lo dieron de alta hace poquillo, pero pos... a'er si con eso ya quedó y no le da por andar otra vez metiéndose esas shingaderas.

—Ojalá que sí.

[...]

—Pero bueno, ¿y tú qué haces? ¿Trabajas o estudias?

—Yo estudio.

—¿Ah sí? ¿Y qué estudias?

—Filosofía.

—Órale. ¿Aquí en la UACH?

—No, en la UNAM.

—Ah...

El hombre miró incrédulo. Quizás por la poca familiaridad con el estudio de la ciencia primera o con la Universidad Nacional.

—Lo que son las cosas, fí'ate... Te voy a contar una historia, ca'on. Yo estudié ahí también, ¿pero hará qué? Unos cuarenta años, hará ya, pero sí. Me acuerdo que de niño compraba algún libro del Oscar Wilde o de Edgar Allan Poe en las librerías del centro, cuando podía, ¿verdad? Traducciones 'ien chafas pero pos era lo que nos llegaba aquí en ese entonces. Ya conforme fui creciendo fui conociendo más... que la generación perdida, que Hemingway, Fitzgerald, Faulkner, el *boom* latinoamericano, los *beats*, el existencialismo, estudios comparados de religión y de antropología. Pero pos tú ya te has de saber todo eso, ¿no? ¿Pa qué te cuento?

Sí fí'ate, en la prepa me la pasaba viendo y sacando libros de la biblioteca, y un año hasta hubo un taller de creación literaria los viernes con un profé que ya no me acuerdo de su nombre, Sermin, creo algo así se llamaba, la verdad es que no me acuerdo bien, pero n'ooombre, estaba canijo, recitaba poemas de memoria y hasta en el idioma original. Y toda la semana, en lo que llegaba la hora del taller, me la pasaba recorriendo los pasillos de la prepa, narrando mi vida como si fuera el protagonista de una novela en donde mis fantasías y anhelos más profundos encontraban una correspondencia con la ficción, en donde las expectativas de algún modo coincidían con la realidad. Era como habitar dentro de un círculo mágico de iniciación. De alguna forma, sólo así me resultaba soportable la existencia.

Y ya al final, cuando iba a ser la graduación todos mis otros compañeros tenían su futuro bien planeado y guardado en el bolsillo, y yo sin saber qué hacer. Lo único que sabía es que quería estudiar una humanidad, pero ya ahora que lo pienso, incluso si me hubieran dado chance, ni habría sabido cuál esco-



ger. Así que, pues por inseguridad y por otras cosas cedí ante las exigencias paternas, respaldadas por el “sentido común” y me fui por una carrera rentable, lo que sea que eso signifique.

Y fí'ate na'mas, por poco me mandan a estudiar al otro lado, pero no... eso de irme a vivir en un dormitorio todo pegajoso, hablar otro idioma y andar comiendo pura comida shatarrá, aparte de quedar todo endeudado con las colegiaturas gringas impagables, imagínate... pero por suerte, ahí empezó esa vocecita del *daimon* a labrar astutamente un plan subrepticio que después terminaría salvándome, como una racionalidad inmanente que lo impulsa y ordena todo. Aunque quizá me hubiera ido mejor allá. Quién sabe.

Y como sucede seguido en el fútbol cuando están a punto de firmar a un jugador importante, de último minuto desistí prefiriendo jugarle a lo seguro y metí la misma carrera, que era Geología, pero aquí en la Autónoma.

Perdiendo a veces se gana, cómo shinga'os no, ¿v'a? Como fuera me quedaba aquí, con la familia y con mis compas. Y al principio hasta me iba bien, fí'ate, como seguía sintiendo que estaba en la prepa, pos no más cumplía por cumplir. Las tareas y eso. Pero la neta a las dos horas ya sabía que no iba a seguir ahí. Y en la uni también estaban un primo y un camarada mío que estaban igual que yo, o sea, en la misma situación, pues, y pa pronto ya no más agarrábamos la facultad como punto de reunión pa irnos de pinta, nos íbamos al casino o empeñábamos cosas que teníamos arrumbadas allí en la casa pa sacar pa la peda.

Pasaron unos meses y me cayó el veinte: quería estudiar filosofía en la UNAM. Hasta ese momento yo no más había leído puras novelas y cuentos, pero, por alguna razón, ve tú a saber

por qué, pensaba que ser un profesor de filosofía era algo más decente y respetable que ser un simple escritor, algo más seguro, pues. De manera que, de una forma u otra, el futuro apuntaba hacia la Ciudad de México y hacia la Universidad Nacional.

Y te digo, si me preguntaras ahorita por qué tomé todas esas decisiones, no sabría decirte así bien bien. Puras intuiciones namás, pero, eso sí, atinadas como su pinshe madre. Quizá haya influido una revista de divulgación filosófica que leía en ese entonces o a lo mejor el sueño de querer ser un filósofo-escritor (a pesar de lo que luego dijeran ciertos profesores de ética analítica desde su cerrado horizonte liberal), o quizá también haya sido la atracción que ejercía esa ciudad desconocida para mí hasta que fui por primera vez a los dieciséis años, envuelta por esa aura de ser La Meca de los grandes intelectuales, académicos, filósofos, escritores, periodistas, artistas; la ciudad de las oportunidades y experiencias, de los centros culturales, cinetecas, cafés, foros, teatros, museos, parques, bares, cantinas, conciertos.

Ya me imaginaba yo viviendo en mi departamento, mirando ociosamente por la ventana mientras mi novia y yo cocinábamos pasta o dando un paseo por la calle de Niza o por las avenidas frondosas de la Anzures o de la Condesa, con las luces de los faroles entremezclándose suavemente con el tinte crepuscular de la tarde. Pensaba que todo iba a ser como una película de la *Nouvelle Vague*, como una melodía de Chet Baker o como tomar vino un domingo por la tarde desde una terraza.

Tenía muy en claro que mi decisión era una reiteración cliché de ese tema en el que el “artista” o “intelectual” de provincia (ejemplar rarísimo) se ve obligado a trascender su contexto inmediato y emigrar a la capital. Como se sabe, se ve movido

a desdeñar el estilo de vida banal y superficial del vulgo, del pueblo, de la opinión pública, del *Das Man*; tiene que taparse los oídos con cera para no escuchar los murmullos seductores de las Sirenas y estar preparado para responder a los juicios unilaterales y reduccionistas del Cíclope.

Todo ese año me la pasé de puta madre, ¿pa qué te digo que no? Los martes se volvieron los nuevos viernes. Pero no te creas, también tuve que estudiar y prepararme para el examen de admisión, siempre con la incertidumbre –inconscientemente reprimida– de si lograría pasar o no. Fue una madrugada al regresar de una reunión que vi que los resultados habían llegado en un sobre. Todo pasó en chinga, un minuto comprimido en el tiempo. Y de ahí en adelante todo se dio fácil, como por naturaleza: los trámites administrativos, buscar un departamento para rentar, incluso me mudé con un camarada de la secundaria que también se iba a estudiar para allá. Se alinearon los astros, como quien dice.

Por fin estaba donde siempre había querido estar. Sería imposible describir la embriagante sensación de libertad, ligereza y plenitud que acompañó a esos primeros meses desde mi llegada. Nunca antes me había sentido tan vivo, era como si con la frescura de cada mañana, el mundo se abriera en su totalidad ante mí, albergando la promesa de que todo era posible. Aunque resulte choteado decirlo, estaba viviendo un sueño hecho realidad. Me sentía en la cima del mundo.

En ese momento, uno de los borrachos que llevaba horas con la cabeza reposada sobre la barra se despertó dando la impresión de sufrir algún tipo de ataque o de parálisis.

Apenas alcanzaba a coordinar los brazos y la boca mientras emitía un discurso ininteligible. El cantinero se precipitó rápidamente sobre él.

—¿Chuy? ¿Chuy?... Chuy, ¿tas bien?

Los ojos, girando fuera de órbita e incapaces de dar con un punto fijo, lo delataban.

—Marca asterisco u'eer, asterisco u'er, we— comentó el Oso, quien previamente había sugerido que pusieran algo de Javier Solís, *aka*, el Señor de las Sombras, el único platónico digno de confianza.

—T'a llamar un taxi, ya'iene en camino, ¿sí sabes llegar, Chuy?

El cantinero sólo pensaba en sacar al intoxicado antes de que sucediera una tragedia. El acompañante, ajeno a cualquier eventualidad externa, prosiguió como si nada:

—Pídete otra, ándale, yo te la imbito. Tilo... Tilo... otras dos pacá, we.

Como te estaba diciendo, esa sensación no puede durar indefinidamente así por siempre. Bien sabes que los sueños empiezan en Mulholland Drive, pero terminan en pesadillas. Un día todo cambia. Las cosas ya no son como antes ni tampoco te sientes el mismo. Como Gregorio Samsa, te despiertas y está eso ahí... eso que no tiene explicación alguna. Algo pasó, algo cambió de manera irremediable. ¿Pero qué? Más que circunstancias, pensé que quizá se trataba del curso natural de las cosas. Es una idea común —y no me dejarás mentir, ih... yo sé que no— del Estagirita que todo llega a ese punto máximo, más allá del cual resulta imposible ir. Cada cosa tiene su gestación propia, su desarrollo lento y meticuloso para alcanzar ese *acmé*, la culminación

de su potencia, pero, entonces, todo debe necesariamente permanecer igual o decaer. Y, por eso, lo que sigue es la historia de la decadencia de ese instante perfecto, cristalizado por siempre en el tiempo.

Por medio de este esquema –reduccionista, tal vez, pero preciso– quise darle algún sentido a los días, semanas, meses, años que siguieron a ese momento. Aquí de nada serviría entrar en detalles. La plenitud y la desgracia son igual de inenarrables. No importa cuánto tiempo transcurra, siempre tendré como referencia esa etapa inmaculada, todo se medirá según su modelo, esperando –en vano, lo sé– que alguna resurrección del espíritu me acerque a ese origen prístino. Pero los sueños son prestados y hay que devolverlos tarde o temprano. Quizá nunca nos dimos cuenta de que el sueño era soñar...

Por eso, llegó el momento de hacer una pausa y darse cuenta plenamente de todo lo acontecido hasta ahora.

Es la historia de un intento, una apuesta existencial, un éxito repentino, pero de ahí en más, del consecuente error y fracaso. La dicha más alta y el lamento más profundo se suceden como el día y la noche. Y no es que sea culpa de nadie, ¿cómo podrías estar en control de todo lo que sucedió y sigue sucediendo hasta la fecha?

Simplemente uno no escoge lo que le pasa, lo que le toca vivir. Por eso renuncié a esa ilusión liberal, demasiado cristiana, secular y progresista, según la cual uno es responsable de toda acción, deliberación y pensamiento, así como de sus efectos y consecuencias. Puras mamadas.

*I'd rather start all over again...*

Y sí, la verdad nunca pude quitarme de la cabeza la idea de empezar todo otra vez, de regresar en el tiempo al momento preciso en que mi fortuna cambió inesperadamente con el fin de evitarlo, pero pos no, no se puede. Todavía pienso en cómo hubieran sido las cosas si... en cómo todo hubiera sido diferente si tan sólo... Por mi mente desfilan todas esas oportunidades perdidas, todos los intentos fallidos, todas esas figuras de lo imposible. Pero quizá, como sucede con la conciencia hegeliana, era necesario extraviarse y recorrer ese largo camino, esa odisea del espíritu, para reencontrarse, de manera plena y consciente, con lo que yo ya era desde el principio, pero sin saberlo bien del todo. Quizá gracias a esa confrontación con lo totalmente otro y ajeno es que logré comprender mejor no sólo quién soy, sino el entorno del que provengo, la tierra natal (*Die Heimat*). Quizá el dolor que trae consigo el error accidental (*hamartia*) produce el conocimiento y el consecuente alumbramiento de la consciencia; quizá haya algo edificante en todo esto.

En todo caso, no te aferres ahue'ò con un ideal preestablecido, sea el que sea. Los planes cambian y si no aprendes a adaptarte a las circunstancias pos ya te shingaste. Ni modo, borrón y cuenta nueva; le atinaste a una y fallaste en otra, esquivaste una trampa para caer después en un hoyo igual de profundo o incluso peor, pero pos ya, ni pedo, mijo... Fue un desvío.

Tuve que mirar fijamente al espejo y darme cuenta de que, en el fondo, sólo soy un borracho del Norte que se siente cómodo con menús y principios morales simples, que lo único

que quiere es ir al billar a ver la Serie Mundial, shingarse unos bounles y una cubeta de sheves, una torta de barbacoa para la cruda o unos dogos al salir de la peda, y que su mayor preocupación y felicidad consiste en llevar a una morrita al mirador o al Celta. La misma dieta que me sostiene (lácteos, cerveza, harina y carne) es la que va a terminar matándome. Ya no me interesa en lo más mínimo enfrascarme en debates o discusiones sobre la emergencia política contemporánea. ¿Qué te woa decir yo? “no, pos ta ca'on”, “qué pe'o”, “no mames, we” y ya, se shingó. Fí'ate, por ejemplo, hace unos cinco-seis años aquí todavía era un pueblo rascuacho, con anuncios de Domino's Pizza y de elecciones municipales pintados en las bardas. Y estaba mejor así, la verdad. Es como, ¿ya viste el descague que están haciendo en el Peri o allí en la Cantera o peor aún, el pinche Distrito 1? Nonono, te digo, vamos igual que todas las demás ciudades del país que aspiran a la “modernidad”, con sus pinshes cagaderos de plazas, zonas y fraccionamientos elitistas. Todo mundo, ricos y pobres, se está yendo pa los cerros, y un día ya ni se alcanzarán a ver de tanto pinche edificio, el tráfico se atascará como no tienes una idea y olvídate de llegar en diez-quince minutos a cualquier ubicación; van a construir pa los lados y parriba cuando ya no pueden, como ya están haciendo de'esho; ya no estarán a la mano (*vorhandenheit*) las reuniones, las carnes asadas, los expendios, las pedas. Ssshingada madre. Pero desde aquí presenciaremos todo eso tú y yo, de la mano veremos la abominable noche del Apocalipsis caer sobre nosotros. Por eso te digo, vuelve a lo que eras antes. Antes de que sea demasiado pinche tarde. No cometas el mismo error que yo.

Mientras intentaba desprenderse de la sensación que el clímax discursivo le había inducido, el cantinero lo sacudió del trance jalándolo de los hombros.

—Eh, ya'mos a cerrar, ya no'as que'as tú.

Contempló perplejo durante un largo rato a su alrededor: las sillas recogidas, la barra limpia, las luces tenues y el rostro desconcertado en el espejo ovalado de enfrente. Dejó la cuenta pagada sobre el mostrador y marcó \*uber.



## Epílogo

No hay nada interesante en aquel que toca fondo sin saberlo y queriendo evitarlo, sino en el que, de manera consciente e incluso deseándolo, se precipita *hasta las últimas consecuencias*.



# Índice

- 1. Bórrale, Baudelaire** (Pág.19)
- 2. El féretro** (Pág.23)
- 3. El silencio** (Pág.31)
  
- 4. Reflexiones de un joven apocalíptico** (Pág.33)
- 5. LETRILLAS** (Pág.39)
- 6. Sobre la inducción, o por qué el señor Jux debe parar su mame** (Pág.43)
- 7. Domingo** (Pág.49)
  
- 8. Contrafábula de la hormiga y la cigarra** (Pág.53)
- 9. Reconstrucción de una peda interesante... en Xochimilco** (Pág.57)
- 10. Manual para comer tacos en la calle** (Pág.63)
- 11. (Quesa)dillas con queso** (Pág.67)
  
- 12. Manuel M. Ponce** (Pág.77)
- 13. Nostalgia** (Pág.81)
  
- 14. Ruptura** (Pág.87)
- 15. Mi corazón paga la renta él solo** (Pág.95)
- 16. Eleusis** (Pág.105)
  
- 17. HST** (Pág.119)
- 18. Devenir escritor** (Pág.123)
- 19. Norte** (Pág.129)
  
- Epílogo** (Pág.145)



[www.pech.icm.gob.mx](http://www.pech.icm.gob.mx)

PRIMERA EDICIÓN

*AÑO 2023*



Textos personales reunidos por azar y por error

Libro-álbum

Un libro escrito sin la intención de ser publicado

Un libro sobre el camino de ida y el camino de vuelta

(A menudo el camino de ida y el de vuelta son uno mismo)

Un libro que acaba donde empieza y viceversa

Un libro que puede leerse entre líneas

Un libro que puede leerse cronológicamente como novela disfrazada

Un libro que puede leerse

Un libro que puede no leerse también

Y no pasa nada.



**Colección**  
Soltar las Amarras

[www.pech.icm.gob.mx](http://www.pech.icm.gob.mx)

